BOLSILIBROS BRUGUERA

CIENCIA FICCION

SERIE la conquista DEL ESPACIO

DIOSA DE LOS MUERTOS

CURTIS GARLAND

CIENCIA FICCION



Diosa de los muertos

Curtis Garland

La Conquista del Espacio/228

ISBN 84—02—02525—0
Depósito legal: B. 42.084 — 1974
Impreso en España — *Printed in Spain*
1ª edición: diciembre, 1974

CANTO PRIMERO
VOCES DE ULTRATUMBA

«¡Oh, vosotros, dioses de Xaal! ¡Protegednos del poder maléfico de Aquella que puede levantar a los muertos de sus tumbas y lanzarlos contra nosotros, los vivos, para condenarnos a algo mil veces peor que la muerte!»

(Invocación religiosa de Surania y sus Pueblos marítimos)

CAPÍTULO PRIMERO

Las Aves Cósmicas cayeron repentinamente sobre la ciudad.
Los gritos despavoridos de las gentes acogieron la presencia de las enormes criaturas aladas, indescriptible mezcla de pájaros y de reptiles con plegables alas membranosas, cuya piel centelleaba de modo fosforescente, como las propias brumas exosféricas del cielo de Vultar, hacia sus lunas.
Luego, corrió la sangre por las populosas calles de Austrópolis.

Sangre humana violentamente derramada. Cabezas cortadas, cuerpos desmembrados, un caos indescriptible de muerte y destrucción.

No importaba que las gentes corrieran por las tortuosas calles de la ciudad marítima, rica y próspera como todas las del litoral, allí donde los pescadores, mercaderes y comerciantes hacían sus transacciones, y corría la moneda de precioso metal de mano en mano, cuando no eran los tejidos suntuosos o las ricas pedrerías, la orfebrería o la preciada artesanía la que iba de unos a otros, en constante canje por lonjas y mercados de la laboriosa urbe.

No importaba nada. Las Aves Cósmicas, como un diabólico alud llegado del cielo, se desplomaban sobre los fugitivos o los que pretendían ocultarse. Y del resto, se ocupaban las armas afiladas e implacables de los jinetes del cielo.

Los Piratas Interplanetarios siempre sabían cuándo y dónde atacar. Nunca cometían el error de precipitarse sobre pueblos pobres o en momentos en que una nutrida tropa armada pudiese proteger a las víctimas de sus rapiñas. El poderoso caudillo de los piratas, el sanguinario y ambicioso capitán Wolkaj, era un gran estratega, un asesino inteligente y cruel como pocos. Se decía que en su morada aérea, la llamada Ciudad de las Estrellas —a la que solamente sus domesticadas y feroces Aves Cósmicas podían llegar, tras largos períodos de entrenamiento para fortalecer sus alas en vuelos por la atmósfera luminosa que enlazaba el planeta Vultar con sus lunas, Zeos e Iktan, allí donde el aire era más denso y permitía el vuelo interminable de las fantásticas formas aladas—, existían riquezas sin fin, acumuladas durante lustros enteros de piratería sobre todo el hemisferio sur de Vultar, que era el que acumulaba prácticamente la mayor opulencia y el comercio más próspero de todo el planeta.

Cuántas veces se intentó atacar y vencer a los aéreos piratas, y todo fue inútil. Nadie podía llegar a la Ciudad de las Estrellas, dominada por ellos, y auténtico bastión aéreo donde se refugiaban los asesinos del cosmos. Las tropas de los países de Vultar no poseían aquella especie de aves. Se había buscado algo similar incluso entre los monstruos alados de Oriendas y Zorán, pero tras largo período de entrenamiento y adaptación, se descubrió que su poderoso vuelo se debilitaba hasta el agotamiento, mucho antes de cubrir una primera etapa en vuelo hacia la región donde moraban los piratas del aire.

Y así éstos, en la mayor impunidad, caían sobre los pueblos comerciantes y prósperos, asesinando, destruyendo, robando y aniquilando sin piedad alguna.

Nadie en Vultar parecía capaz de enfrentarse a semejante poder. Aunque se decía que un hijo de dioses podría vencer a las hordas asesinas del capitán Wolkaj, nadie creía ciertamente en ello. Entre

otras cosas, porque los meridionales nunca habían sido muy crédulos ni religiosos. Especialmente los pueblos de mercaderes.
Y cuando alguien ponía en duda semejante profecía, y se preguntaba si existían en realidad hijos de dioses, otro solía responder, encogiéndose de hombros con cierto escepticismo también:
—No sé... Se dice... Se dice que allá, en el noroeste de Vultar nació uno, no hace más de veinte o veintidós años... Un hombre poderoso, alto y rubio, hermoso y arrogante como pocos... Un hombre llamado Aquilán... que una noche cayó de las estrellas, envuelto en el fuego de una piedra incandescente. Se dice que esa piedra pertenecía a una morada de los dioses, y él es el elegido para liberar a los oprimidos, ayudar a los débiles y enfrentarse a los poderosos servidores del Mal...
Y al escuchar eso, una sonrisa de escepticismo e incredulidad se pintaba en los labios de los poco creyentes ciudadanos meridionales de Vultar...

* * *

La sangre corría a raudales por el barrio marinero de Austrópolis. Tiendas y puestos de venta callejeros aparecían dispersos por el suelo, ardiendo sus lonas multicolores, sobre los cuerpos agonizantes o mutilados de sus propietarios o de los compradores sorprendidos en plena lonja.
El mercado era un horror de muerte y destrucción.
Piezas valiosas de los más ricos metales de Vultar pasaban a las sacas ávidas de los piratas. Las repugnantes y gigantescas aves cósmicas se nutrían vorazmente, como vulgares pajarracos de rapiña, con los restos humanos aún palpitantes, de cuyas venas fluía la sangre caliente, hasta cuajar en el empedrado y la tierra enrojecida.
Era un espectáculo horrible y estremecedor. Puertas y ventanas atrancadas eran débil obstáculo para la horda. Y si alguna casa era respetada, sólo se debía a su aparente y ostensible modestia. Mientras tanto, mansiones ricas y haciendas de mercaderes, barcos anclados en el muelle y almacenes repletos de lujosas telas y ricas mercancías, eran saqueadas de modo feroz, sin que una sola vida humana, fuese cual fuese el sexo de quien tuvieran delante, fuera respetada por los fornidos, broncíneos y rapados Piratas Interplanetarios, cuyos cuerpos, saturados de una grasa que permitía a sus músculos pasar la difícil prueba de los fríos espacios aéreos, más allá de las nubes, mientras cabalgaban por el vacío en sus monturas aladas, brillaban como si fuesen figuras de bronce, fantasmas grasientos y forzudos, actuando con una celeridad brutal e increíble, tintas en sangre sus afiladas y corvas armas en manos que no temblaban, pese a chorrear ahora el rojo líquido caliente de las

segadas arterias de sus víctimas.
Un graznido poderoso detuvo de repente sus tropelías. Todos los piratas a una se pararon en seco, girando la cabeza.
Un ave mayor que todas las demás, de alas interminables, largo pico curvo y asiento dorado, sobrevoló las calles. En su silla de montar, agitaba un enorme espadón la mano ancha y vigorosa de un hombre recio, enormemente grueso, de calvo cráneo brillante y ropajes de un púrpura centelleante.
Era Wolkaj, el capitán de los piratas.
El graznido procedía de la picuda boca monstruosa de su alada cabalgadura. Lo producía al tirar Wolkaj de sus riendas doradas, con energía, y era como una voz de alerta para todos sus hombres.
Los rostros cetrinos, duros y crueles, de ojos centelleantes, boca crispada, y ávido gesto codicioso, se volvieron hacia su jefe. El caudillo de los piratas agitó sus brazos, autoritario.
—¡Terminad! —aulló—. ¡Regresamos ya! ¡Vamos, vamos, acabad con lo que hayáis empezado y emprended todos el regreso!
Hubo quien tenía aferrada por la cabellera a una hermosa joven, y a punto estuvo de dejarla con vida. Pero su jefe les dejó una opción, y la aprovecharon:
Acabad con lo que hayáis empezado...
Una risotada brutal, un sollozo de la muchacha... y un simple tajo de la enorme espada curva. Luego, la mano tiró aquella cabeza que sujetaba por los cabellos. Ya había acabado con lo que empezara.
Otro, atravesaba a un niño o a un anciano implorante. El de más allá, consumaba una salvaje violación o quemaba una imagen religiosa. Los más, llenaban hasta colmarlos sus enormes sacos de tejido irrompible, repletos de riquezas y metales preciosos.
También Olaff tenía algo por terminar.
Olaff, además de un hombre vigoroso y cruel como pocos, era el segundo del capitán Wolkaj. Su único hombre de confianza en realidad. Y existía una clara razón para ello: Olaff era el hijo del capitán.
Tan bestial y codicioso como su padre, el más feroz y poderoso de todos los piratas del aire, acababa de decapitar a su vigésima víctima de aquel día, cuando le llegó la orden tajante de su capitán.
Riendo, clavó sus ojos en la muchacha. Se limpió el sudor del rostro de un manotazo, y la joven chilló de horror. Los dedos del recio guerrero habían dejado chorreones de sangre en las mejillas y boca.
—No esperes que eso va a salvarte, preciosa —jadeó—. Eres mía, y no renunciaré a ti fácilmente... Vamos, no se puede hacer esperar al amo. Pero... ¡vendrás conmigo!
—No, no... —sollozó la muchacha, encogiéndose con impedir que el odio y los instintos feroces de aquel hombre, encontrasen en ella

amplio desahogo, antes de sufrir la muerte...
El pirata se aproximó. Por el cielo, en bandada siniestra, se alejaban ya los pájaros gigantescos con sus alas desplegadas, llevando sobre sus lomos a los Pirata Interplanetarios del capitán Wolkaj. Sólo él faltaba en la formación. Su pajarraco se agitaba, inquieto, impaciente por instinto, sabiendo que era hora de regresar, y graznaba, siendo respondido por los demás que se perdían en las estelas luminosas de la exosfera de aire respirable que unía a Vultar con sus lunas... y también con la misteriosa Ciudad de las Estrellas, cuartel general de los piratas del aire.
Olaff llegó ante Olinka. Alzó su poderosa espada en el aire. Ya ni siquiera deseaba hacer suya a aquella joven y atractiva criatura. Sólo deseaba matar, destruir, vengarse de aquellos que le habían dejado sin el ojo derecho... ¡A él, el más altivo, poderoso y atractivo pirata de la Ciudad de las Estrellas, favorito de las cautivas del Palacio del Amor!...
—Arpía, sucia bastarda, vas a morir despedazada como tu hermano, para pasto de buitres... —jadeó cruelmente, ante el gesto de horror de ella.
El azul sol de Xaal centelleó en el acero curvo, que chorreaba sangre. Sangre de su propio hermano Jan, pensó con angustia infinita la joven Olinka, antes de morir bajo el filo del arma del pirata.
Justo entonces apareció Aquilán.

CAPÍTULO II

Aquilán, hijo de dioses.
Aquilán, alto, poderoso, broncíneo e indómito. Rubio su cabello, curtida su piel, férreos sus músculos, acerados sus ojos. Guerrero enigio, nacido por deseo de los dioses, según la creencia general. Líder de la rebeldía y el afán de independencia de Enigia, su tierra natal, frente a la ocupación y dominio de las huestes de Hélide, el país vecino.
Y, aparte de todo eso, un auténtico titán en cualquier forma de lucha contra enemigos muy superiores en número o en fuerza. Había combatido en muchas tierras de Vultar, y siempre victoriosamente. Suyo era el mítico Escudo de Azur, que le mantenía indestructible frente a cualquier peligro humano o sobrenatural, en aquel mundo dominado por extrañas hechicerías y por siniestros brujos, expertos en las más sinuosas artes de la oscuridad maléfica.
Y suyo, por encima de todo, era el eco de un valor rayano con la temeridad suicida, pero que siempre sirvió para que el joven guerrero rubio, el rebelde enigio de legendaria fama, saliera victorioso de sanguinarias luchas y feroces enfrentamientos.

Aquilán apareció en la puerta del patio de la solariega mansión de la familia Balik, saqueada poco antes. El aire, con acre olor de sangre humana, de fuego y de muerte, agitó los pliegues escarlata de la capa del guerrero, cuando éste, con sus fríos ojos entornados, contempló la escena desde el mismo umbral de acceso.
Dificultosamente, había logrado llegar, al galope de su montura —un caballo rayado, de cabeza atigrada y pezuñas de larga crin—, cuando observó la presencia de los piratas sobre Austrópolis. Pero llegó tarde, aunque dudaba de que su presencia hubiera podido evitar lo sucedido. Más que probable era que también él hubiese sido víctima de los corsarios del espacio o, cuando menos, de poco hubiera servido su brazo y su esfuerzo frente a enemigo de tal magnitud.
Ahora, cuando virtualmente todo estaba consumado, ante sus ojos se presentaba la escena final de la tragedia: la muerte inminente de una joven, casi una adolescente, a manos de un fiero soldado, posiblemente uno de los piratas del aire, armado, rabioso, con su ojo derecho brutalmente vaciado, y ávido de venganza sobre la indefensa muchacha.
Aquilán no dudó lo más mínimo. Estaba a demasiada distancia de Olaff para soñar siquiera en llegar a tiempo de interponerse en su funesto camino hacia la víctima. De modo que decidió lo más urgente y decisivo.
Alzó su poderoso brazo. Bajo la dorada epidermis se hincharon sus músculos, crispados por el esfuerzo. Tras una contracción, tensó ese juego de tendones y músculos. Los cables de acero que parecía ocultar su piel, se dispararon. Sus dedos se abrieron. La formidable espada de doble filo, partió como una centella rugiente, cortando el aire con poderoso impulso.
Parecía como si el guerrero enigio no hubiera puesto en ello mayor esfuerzo que el preciso para arrojar una frágil daga de liviano peso. Y, sin embargo, el espadón alcanzó la espalda de Olaff, crujió ásperamente al hundirse entre sus omoplatos, y el chasquido del acero acompañó a su penetración por entre costillas y tejidos humanos. La punta asomó por delante, tras traspasar limpiamente el corpachón enemigo, en medio de un surtidor de sangre roja.
Olinka chilló agudamente, ocultando sus ojos a aquella nueva muestra de violencia y muerte. Olaff, con un bramido rabioso, aferró con ambas manos la punta y el filo del acero que le taladrara, perdida ya su propia espada ante el mazazo del dolor mortal.
Giró sobre sí mismo, incrédulo, comprendiendo que aquella ancha hoja helada que introducía en su carne el frío de la muerte, era la primera en vencerle. Y también la última...
Se miraron ambos hombres ferozmente. El único ojo del pirata destelló, colérico. Al fin, se derrumbó de espaldas, con una voltereta,

asomando así con mayor longitud la larga hoja de azulado metal tinto en sangre, cuando el suelo oprimió la empuñadura.
Olinka estalló en llanto histérico. Aquilán se aproximó a ella, apaciguador. La miró, tras escudriñar el cuerpo triturado del infeliz Jan, el hermano de la joven. Miró, despectivo al pirata muerto. Le hizo girar, dejándolo boca abajo, y arrancó de un tirón su espada, que limpió indiferente en la capa del enemigo abatido. Luego, preguntó a la joven:
—¿Y tu familia, muchacha?
—Muerta... —sollozó ella—. Todos murieron...
—¿Asesinados?
—Sí. Por los piratas... Mis padres allá dentro... Mi hermano ahí mismo... El vació el ojo a ese hombre... Ese hombre, que dijo llamarse Olaff...
—Olaff, hijo de Wolkaj... —reflexionó Aquilán en voz alta—. Mala cosa. Cuando él sepa esto... volverá para vengarse. Espero que se limite a buscarme a mí, muchacha...
Diciendo esto, caminó hasta el animal alado que, como amedrentado, y acaso presintiendo su instinto que su amo y jinete había muerto, batía sus alas, disponiéndose a partir velozmente hacia las alturas, siguiendo las rutas habituales de los corsarios de las nubes.
Rápido, Aquilán logró sujetar las riendas del ave monstruosa y la retuvo en tierra. Su poderosa mano ató esas riendas al poste de un edificio, y los esfuerzos del asustado animal por evadirse, fueron inútiles. Aquilán le intentó calmar con unos palmetazos, y el animal le lanzó un picotazo, emitiendo un chirrido agrio con su pico amenazador.
—De modo que eres duro de domar, ¿eh, pajarraco? —rió acremente el fiero joven, encarándose con él—. Bien... Tendrás ocasión de probarlo más adelante... y veremos quién es el más fuerte de los dos... Eres el primer pájaro cósmico que un ser viviente de Vultar logra cazar, con excepción de los piratas de Wolkaj, y no será fácil que te deje escapar, amigo.
Sin hacer caso de sus repetidos chillidos de protesta, olvidó de momento al animal celeste, para preocuparse solamente de Olinka, a quien se acercó, cortés, tratando de consolarla en su dolor actual.
—Pequeña, no llores más —rogó—. Eso no devolverá la vida a los tuyos. Hay que ser fuerte cuando llega la adversidad. Hoy, muchas otras familias de Austrópolis habrán sido desmembradas por esos asesinos. Lamento no haber llegado antes, pues hubiera querido serte más útil, Olinka...
—¿Conoces... conoces mi nombre? —se sorprendió ella, mirándole a través de sus lágrimas.
—Imagino que eres Olinka, porque la familia Balik sólo tenía una hija.

—¿Acaso conocías también a mi familia, extranjero?
—Tu padre era un buen mercader. Viajó mucho. Una vez tuve ocasión de salvar su vida en Puerto Hélium, allá en Enigia, mi tierra natal. Más tarde, fue él quien me salvó de un grave peligro, pagando así su deuda conmigo. Pero no contento con eso, me invitó a compartir su casa y su mesa. Me habló con orgullo de su hijo Jan y de su hija Olinka.
—Eso es todo lo que queda de mi hermano Jan. Pobre niño... Trató de protegerme... —sollozó, mirando el cadáver mutilado del joven Jan.
—Lo entiendo. Ya era un hombre, no un niño. La hombría no es cosa de edad, sino de corazón y de valor. Sepultaremos al bravo Jan con sus padres. Y tú... ¿tienes otra familia en Austrópolis?
—No, ninguna.
—¿En qué ciudad de Surania, entonces?
—En ninguna ciudad de Surania. Tengo unos tíos, pero...
—Pero... ¿qué, Olinka? —indagó Aquilán, ante sus dudas.
—Pero viven lejos. En Zambya Meridión. En Taura, ciudad marinera.
—Taura... —Aquilán sacudió su rubia cabeza, pensativo—. Tienes razón. Está demasiado lejos de aquí. Al otro lado del litoral del mar Tenebroso del Sur. Frente por frente a las costas de isla Lerma, único vestigio sin sumergir de la poderosa Titania... ¿Cómo esperas llegar allí, Olinka?
—No sé... Aún no puedo pensar en nada. Es todo tan horrible...
—Entiendo. Pero nada te ata ya a esta ciudad. Y no conviene que te quedes en ella, pueden volver los piratas de Wolkaj. El poderoso capitán corsario buscará a quien causó la muerte de su hijo. Y de un modo u otro, terminaría por encontrarte, créeme. Esa gente siempre tiene confidentes que les informan de ciertos detalles... El dinero lo compra todo, desgraciadamente.
—¿Y qué puedo hacer yo? Los bienes de mi familia han sido robados, expoliados por esos canallas, tras asesinar a mis padres... No me queda nada de valor para adquirir un pasaje en cualquier barco mercante que cruce el mar Tenebroso... Por cierto, amigo de mis padres, ¿cuál es tu nombre?
—Aquilán.
—Aquilán... —ella abrió mucho sus hermosos ojos azules—. ¡Aquilán, Hijo de Dioses!
—Eso dicen —sonrió él, ceñudo—. No hagas mucho caso de las leyendas, Olinka.
—Aquilán... Sí, mi padre habló de ti muchas veces.
Pero te imaginé como un dios, como un ser inmortal, no como un hombre vulgar... aunque nada de tu aspecto sea realmente vulgar.
—Soy sólo un hombre, Olinka. Un guerrero que lucha por algo. Y que, como todo el que lucha, puede perder o ganar su batalla. No hay

nadie inmortal, créeme. Ni siquiera los brujos o hechiceros lo son. Todos tienen su punto vulnerable, por mucho que sea tu poder, por grandes que sean sus artes.
—No estoy segura de ello, Aquilán —rechazó ella, moviendo dubitativamente su cabeza—. He oído decir que existen poderes ocultos en el mar Tenebroso y en su litoral... Poderes sobre la vida y la muerte... Y, a veces, las viejas hablan de leyendas mientras toman leche caliente de bojk, a la luz de la lumbre, en los largos inviernos... Leyendas de una hermosa mujer, más bella que todas las demás mujeres juntas... Una mujer que puede dar muerte a los hombres, o resucitarlos a voluntad...
—La Diosa de los Muertos... —rió entre dientes Aquilán, escéptico, con una sacudida de cabeza—. No, no. En verdad no puedo creerlo. También escuché la leyenda, pero de eso a que sea realidad... hay un verdadero abismo, Olinka. Sólo cuando vea frente a mí a la propia Diosa de los Muertos, si es que existe, admitiré realmente su existencia y su poder. Que tendría que ser muy grande e insospechado, para poder regir a los muertos como seres vivientes, y gobernarlos allá, en el mundo de las sombras eternas...
—En nuestro mundo, todo parece posible —suspiró ella—. Hay tanta oscuridad, tanto desconocimiento de cuanto nos rodea...
—En eso tienes razón, pequeña y bella Olinka —admitió Aquilán, tomándola por un hombro, cariñosamente—. Vamos. Te llevaré a alguna parte que no sea esta casa ensangrentada y en ruinas. Tiempo habrá de prepararlo todo, sepultar dignamente a tus seres queridos y resolver tu situación actual. ¿Te quieren esos tíos tuyos de Taura?
—Me adoran. Pidieron tantas veces por carta que fuese a vivir con ellos un tiempo... Soy para ellos como una hija, puesto que no tienen ninguna...
—Bien. Entonces, yo me ocuparé de ello, Olinka.
—¿Tú? Quizá tengas cosas más importantes que hacer que, ayudarme a mí... No me conoces, soy una extraña para ti...
—Eres la hija de un amigo y, por tanto, eres para mí como ese mismo amigo. Más aún, porque eres mujer y estás desvalida y sola. Además, te amenaza el peligro de una revancha de los piratas, por la muerte de Olaff... y recuerda que debo mucho a tu padre: lo mejor que me fue concedido en el mundo.
—¿Tu vida? También él te la debía a ti...
—Pero no he podido evitar esta vez que la perdiera, y para mí, siempre seré deudor de algo con tu padre. Deja que cuide de ti ahora. A fin de cuentas, sólo iba de paso por esta ciudad. Y mi estancia puede prolongarse unos días... o unas semanas.
—Eres demasiado bueno conmigo, Aquilán —ella contempló la recia figura musculosa y elástica, como el cuerpo de un dorado felino, del

hombre joven y rubio que la conducía ahora hacia la salida de la casa ensangrentada. La proximidad de su piel brillante, tersa y agitada por la vibración de aquel manojo de músculos flexibles, le produjo una sensación de alivio, de confianza, de tremenda seguridad en su futuro, mientras él no faltara a su lado.

—No hables así —sonrió él—. Soy sólo tu amigo, recuérdalo...

Y mientras conducía hacia el exterior a la sobrecogida muchacha, única superviviente de la familia Balik, no pudo evitar dirigir una mirada atrás, contemplar el cuerpo atravesado del poderoso Olaff, hijo del capitán Wolkaj, caudillo de los Piratas Interplanetarios, y preguntarse, ensombrecido, cómo reaccionaría el temible bandido cuando supiera que su hijo ya nunca volvería a la Ciudad de las Estrellas... Que su hijo Olaff estaba muerto. Atravesado por la espada de un enemigo desconocido...

* * *

—¿Qué? ¿Muerto? ¡Repite eso, desgraciado!

—Lo... lo siento, señor... Son las noticias, tristes noticias por cierto... y dignas todas ellas de crédito... Olaff, el gran Olaff... ha sido expuesto en un poste clavado en la plaza pública, con un letrero infamante, por la población de Austrópolis. Su ojo derecho había sido vaciado por un miembro de la familia Balik, al parecer el niño Jan, muerto también por Olaff y éste fue luego víctima de alguien que ellos llaman «el Hijo de los Dioses»...

—¡Hijo de los dioses! —aulló, lívido, tembloroso, el capitán Wolkaj—. ¡Mentira, todo mentira! ¡Algún cobarde, algún sucio asesino le mató por la espalda! ¡Sólo así pudo morir mi hijo Olaff, el mejor guerrero que jamás existió!

—No lo sé, mi señor... Pero dicen que la espada que le hirió penetró por su espalda...

—¡Lo sabía, lo sabía! —rugió Wolkaj, frenético, agitándose presa de espasmos violentos, febriles, que le convertían en una bestia difícil de sujetar.

—... Pero dicen, también, que así sucedió para evitar que Olaff matara a una mujer, hermana de Jan —continuó su informante—. El llamado «Hijo de Dioses» se hallaba a distancia, y arrojó su pesada espada sobre Olaff, como si fuese un arma liviana, sin peso alguno, matándole en el acto...

—¡Mentira otra vez! —el frenesí colérico de Wolkaj no tenía freno ya. Miró al pirata que le daba la información, con ojos fulgurantes de odio —. Mientes tú y miente quien te informó... ¡Odio las mentiras y odio a quienes las profieren manchando la memoria de mi hijo, el mejor y más valeroso guerrero de entre todos nosotros! Y para quien miente... ¡elijo la muerte!

El pirata palideció intensamente, presintiendo lo que podía suceder. Pero no tuvo tiempo de hacer nada para defenderse o eludir su suerte. El caudillo de los corsarios del aire era implacable. Y más, cuando la ira le dominaba.
Su mano, hundida en sus lujosos ropajes dorados y rojos, emergió, armada de un cuchillo serpenteante, de acero que describía un culebreo rematado por aguda punta. La daga fue arrojada contra su esbirro, violentamente.
Penetró la hoja en la garganta del pirata, segándola como si fuese una sierra movida a distancia mágicamente. El tajo fue de oreja a oreja, y el alarido de agonía del pirata se ahogó en un turbulento baño de sangre.
Luego, inexplicablemente, el cuchillo ensangrentado terminó de cercenar la carne humana y regresó, de modo inverosímil, describiendo brincos en el aire, ante las miradas de estupor de los propios guardianes de la cámara de mando del capitán Wolkaj, hacia las manos del caudillo pirata.
En el suelo, desangrándose, la última vidriosa mirada del corsario asesinado fue para aquel arma mágica que, tras matarle a distancia, volvía a manos de su dueño como dominada por un poder maléfico que él no era capaz de entender, y menos aún a las puertas de la misma muerte...
Wolkaj recuperó su sangrante arma sin darle gran importancia, la limpió colérico en sus ropajes, y la enfundó de nuevo en su pecho, oculta bajo las ropas suntuosas. La muerte brutal de su esbirro no le había servido de gran cosa en su ira actual. Sólo como una pequeña concesión a sus instintos desatados.
Paseando rabioso por la cámara, iba dando vueltas en su mente aquel hecho increíble. Su hijo, el hombre más poderoso de Ciudad de las Estrellas, su sucesor en el futuro, un luchador fiero y despiadado como pocos, había ido a morir estúpidamente en un ataque sin problemas a una ciudad de mercaderes.
Y todo porque un hombre a quien creían hijo de dioses había aparecido de repente en la ciudad mercantil del litoral de Surania...
Un hijo de dioses. Creía recordar algo sobre esa leyenda ridícula de las gentes de Enigia. Tierra de guerreros, rebelde, pero dominada, era capaz de crear grandes mitos que no conducían a nada. Durante años Se habló de ese supuesto hijo divino llegado del cielo con un meteoro candente. No creía una sola palabra de ello. El sí dominaba el cielo. Era capaz de viajar por el espacio más allá de las nubes, utilizando las regiones dotadas de aire respirable, entre vapores luminosos, ricos en oxígeno, hasta cerca de las órbitas de los dos satélites, Iktan y Zeos. Poseía una flota completa de aves cósmicas domesticadas, una ciudad que flotaba en el cielo sobre una plataforma cósmica, en órbita

en torno a Vultar, y un poder temible que causaba el terror de todos los pueblos del planeta. Y él no había visto a los dioses jamás. Ni creía que existiera morada alguna de ninguno de ellos más allá de aquellos satélites y de la exosfera luminosa que formaba sus senderos aéreos.
—Debe morir... ¡Tiene que morir de modo público y ejemplar, para romper todos los mitos y convencerles de que su falso dios no es sino un hombre vulnerable, un canalla que asesinó a mi amado hijo Olaff! —silabeó rabiosamente Wolkaj entre dientes, paseando por la estancia—. Voy a volver a Vultar, sí... ¡pero volveré para matar a ese embustero que dice ser hijo de los dioses, y expondré su cadáver en público hasta que las aves de rapiña hagan de él su festín...! Lo juro, ¡lo juro! y cuando Wolkaj jura algo... ¡lo cumple SIEMPRE!
Así era. Así había sido y así sería también ahora.
Wolkaj tenía demasiado poder en sus manos para no cumplir la promesa que se hacía a sí mismo, como enfurecido padre de un hijo en quien había depositado toda su esperanza para el futuro...

* * *

—¿Ese es todo tu equipaje?
—Todo, Aquilán.
—Podría llevarse entre los dedos sin dificultad —sonrió el joven guerrero enigio, contemplando tristemente a la muchacha que envolvía su cuerpo joven, esbelto y llamativo, en las oscuras telas grises y negras de su luto reciente. Aún estaba tierna la removida tierra en que reposaban sus padres y hermano. Más lejos, en medio del pueblo, la gente de Austrópolis, enloquecida de odio, de rencor y de dolor por los seres queridos perdidos y las riquezas expoliadas, se negaba a sepultar el cuerpo de Olaff, pendiente de un poste. Y a fe que el hedor que despedía su descompuesto cadáver sólo permitía la aproximación de las aves de rapiña, ávidas de festín.
—Es poco lo que tuve siempre. Y menos aún lo que me quedó —dijo la muchacha, señalando su envoltorio humilde—. Mis padres eran ricos. Y murieron pobres, expoliados por esos asesinos. Ahora, yo soy más pobre que nadie, Aquilán.
—La mayor riqueza del ser humano es la vida —sentenció él gravemente—. Y si existe alguna fe en el futuro, más aún...
—Fe... No sé en qué creer ya.
—Siempre hay algo en lo que se debe creer. Eso ayuda, Olinka. Ayuda mucho.
—Tal vez sólo me quede una fe en esta vida: la confianza en que lo mal adquirido, nunca proporciona la felicidad, Aquilán.
—Es una gran verdad, sí —la miró, pensativo—. ¿Por qué lo dices?
—Mis padres cometieron ese error. Papá obtuvo algo que podía darle

riqueza y poder. Y se lo dio, ciertamente. Pero la suerte no fue completa. Al morir, sólo tuvo dolor, sangre y desesperación. Lo había perdido todo, incluso la esperanza de que sobrevivieran su esposa o sus hijos.
—¿Y qué significa todo eso? ¿Qué fue lo que él adquirió de mala manera?
—Está ahí, Aquilán. Ahí dentro.
Y señalaba el humilde envoltorio, con sencillez. —Ahí... —pestañeó el joven enigio. Miró a la joven como dudando repentinamente de su buen juicio tras el duro choque emocional sufrido—. ¿Y, realmente es valioso?
—Lo es. Más que todo el metal precioso del mundo.
—Y... ¿siendo así, lo dejaron los piratas sin tocarlo siquiera?
—Sé lo que piensas —sonrió penosamente ella—. Me imaginas loca... extraviada mi mente por cuanto ha sucedido.
—No, Olinka, pero...
—Deja que hable, Aquilán —le cortó la muchacha suavemente—. Puedo decirte más: mi padre tenía ese objeto encima de un mueble, como si fuese algo vulgar.
Ni el más astuto ladrón de Vultar hubiera imaginado, ni siquiera en sueños, lo que ello podía ser...
—Pues no lo comprendo. Los piratas de Wolkaj son todos muy astutos. Y tienen un especial sentido para las cosas de valor... sea cual fuere su aspecto.
—No para ésa, créeme. Pasaron ante ella cien veces, sin mirarla siquiera.
—Pero entonces... ¿qué es y cuál es su aspecto? —se asombró Aquilán—. Bueno, eso suponiendo que desees revelarlo. Porque si tan valiosa es, siempre resulta imprudente hablar de ello a cualquiera.
—No a ti, Aquilán. Confío ciegamente en ti.
—Haces mal. Agradezco tu confianza, pero es peligrosa. No siempre se debe confiar en los demás. Y menos aún de un modo ciego e irreflexivo. Yo podría engañarte, Olinka. No debes estar segura de mi honradez.
—Y, sin embargo lo estoy —sonrió ella—. De todos modos, no confiaré en nadie... salvo en ti, amigo mío, y tú, por tanto, debes ver lo que llevo conmigo. Míralo...
Aquilán la detuvo con un gesto. Cerró las ventanas de la habitación del mesón de Austrópolis donde se alojaba momentáneamente la joven huérfana. También aseguró la puerta con cerrojo, y aplicó el respaldo de una silla a la cerradura, bloqueándola de cualquier mirada intrusa desde el exterior.
Luego, regresó al centro de la cámara. Olinka desenvolvía su hato de viaje resueltamente. El joven enigio esperó, con su astuta y fría mirada

fija en su labor. Finalmente, suelto el tejido oscuro que envolvía las escasísimas y pobres pertenencias, la muchacha, tomó un envoltorio de trapo color granate intenso. Lo tendió a Aquilán.
—Toma —dijo—. Cógelo en tus manos.
El así lo hizo, expectante. Notó que era un objeto esférico y pesado. Como una piedra o algo así. Aún dudaba de la veracidad de las afirmaciones de Olinka. Y cuando desenvolvió el objeto, sus dudas fueron todavía mayores.
—Cielos... —masculló—. ¿Qué es esto?
Ella le miró fijamente. Parecía divertida con su expresión de desconcierto. Aquilán alzó los ojos acerados, fríos y cortantes como el filo de su temible espada. Miró a la joven.
—¿Sorprendido? —sonrió ella.
—Un poco —admitió el guerrero—. Parece... parece un simple trozo de vidrio... Un vidrio de colores, cuando refleja la luz. He visto muchos de ésos en todas partes. No valen absolutamente nada, Olinka. No irás a decirme que esto... que esto es... una piedra preciosa, una gema de esas que centellean en las coronas de los reyes de Vultar...
—No dije tal cosa. Posee miles de veces más valor que la más rica gema del planeta, ¿no lo entiendes? —sus dedos señalaron la extraña roca vidriosa, de facetas cambiantes de colores, de mil reflejos irisados, como cualquier vidrio de feria.
—No, no lo entiendo —confesó él, perplejo.
—Es... es la Piedra de la Vida y de la Muerte... También le llaman el Cristal del Oráculo, y pertenece a la Ciudad Sepultada, donde la lava de los torrentes volcánicos lo petrificó todo hace siglos, al empezar el caos de Titania la Grande...
—¡Cielos! —el estupor y la incredulidad invadieron ahora a Aquilán, que contempló aquella pieza de vidrio faceteado, con auténtico asombro—. El Cristal del Oráculo... La mítica Piedra de la Vida y de la Muerte, que nadie llegó a ver jamás... Estaba guardada por los monjes del Monasterio Maldito, aquel que primero negó la Fe y se alió con las fuerzas de las Tinieblas...
—Sí, Aquilán... ¡Es la misma! Puede enriquecer a cualquier hombre, hacerle obtener todo lo que ambiciona..., pero al final le causa la perdición y le despoja de todo cuanto antes le donó... Así ha sido siempre, y así fue con mis padres...
—Pero..., pero, Olinka, quien posea esta piedra... es virtualmente el amo y señor de todo el planeta, quizá incluso de los astros que nos rodean... —jadeó Aquilán, asombrado—. Es el poder y la fuerza, simbolizados en un objeto de propiedades fabulosas... Pero posiblemente estuvierais todos en un error. Está escrito en las viejas crónicas de la Ultima Era Titánica, que cuando unas manos humanas tuvieran en su poder ese objeto mágico, éste se teñiría con el color de

la sangre, y su resplandeciente luz roja lo inundaría todo... Y nada sucede, ya ves. Todo sigue igual... y el cristal sigue siendo cristal...
—Está escrito que ello suceda al minuto de tenerlo en vilo unas manos de hombre, Aquilán —le rectificó ella—. Y ahora se cumple ese tiempo... ¡Mira, Aquilán, MIRA!... y él miró.
Y vio cómo el vidrio esférico, faceteado, perdía su fuego inverosímil y riquísimo de luces y colores, para convertirse, de súbito, en una gema centelleante, primero purpúrea, escarlata luego, hasta que la luz que brotaba de sus facetas, convertida en una especie de llameante claridad fantástica, invadió la estancia, envolviendo sus figuras en un resplandor increíble, violento, infernal...
Aquilán, con ojos dilatados, depositó la piedra cristalina sobre una mesa, y se apartó lentamente de ella, mirándola como fascinado.
Muy despacio, el destello rojo se extinguió, para volver a convertirse en la bola de vidrio poliédrico, brillando en mil colores y luces irisadas.
—De modo que es cierto... —musitó el joven—. Es la Piedra de la Vida y de la Muerte...
—Te lo dije... Papá no se equivocó, por desgracia para todos. Yo tampoco. Por eso... por eso me la llevo ahora...
—¿Qué piensas hacer con eso? Es el objeto de más valor en todo el planeta... Algo que nadie imaginaría que sobrevivió al caos geológico... ¿Cuál es tu idea?
—Devolverlo.
—¡Devolverlo! Pero... ¿a quién, Olinka?
—No lo sé aún. Sólo sé una cosa: antes de ir a cualquier sitio en el mundo, debo ir a las ruinas de la Ciudad Sepultada. Y dejarlo allí para la eternidad...
Aquilán la miró, reflexivo. Encajó las mandíbulas.
—La Ciudad Sepultada... —repitió—. Un mundo alucinante. Sólo quedan edificios, columnas y gárgolas de piedra envueltas en lava eterna, como un manto que todo lo endureció y tapó, por los siglos de los siglos... El antiguo monasterio es una masa informe, hecha de goterones de negra lava petrificada en el pasado... ¿A, quién vas a dejar ese objeto? No creo que haya nadie capaz de recogerlo...
—No me importa si lo hay o no. Se dice que se formó un grupo de peregrinos que pretendían seguir la Orden maldita, para rehabilitarla de su pecado blasfemo. Esos nuevos monjes voluntarios, reharían un monasterio y en él rogarían por el perdón hacia los pecados de su Orden, y el regreso al seno de la Fe... Pero ignoro si eso es así, realmente. De todos modos, a esa ciudad pertenece la Piedra de la Vida y de la Muerte. No debe poseerla nadie, pues del mismo modo que le hace rico y poderoso, luego le despoja de todo, como una maldición, o como un castigo para quien busca la felicidad sólo en los bienes materiales...

—Sí, quizá nunca sepamos la auténtica respuesta —convino el enigio, pensativo. Parecía reflexionar sobre algo que danzaba en su cabeza —. La Ciudad Sepultada... Eso queda algo más al sur de nuestra ruta, en la llamada Isla Yerma, último resto de Titania, sepultada en el mar Tenebroso donde los volcanes también se hundieron tras el caos... De todos modos, iremos allá, Olinka.
—Aquilán, no te pido tanto. Bastará que me dejes cerca, sigas tu camino y...
—No. Te prometí ayuda mientras estuvieses sola, por amistad con tu padre. Por ello, y hasta que tus tíos te tengan junto a sí, seré tu compañía y tu protección. Iremos a esa ciudad... y ojalá que deshacerse de tan preciado don sobrenatural como es el Cristal del Oráculo sea tarea sencilla y sin peligros...

* * *

El ave monstruosa se recortaba contra las lunas de Vultar. Sus alas batían la noche azul brillante, tachonada de astros lejanos, de ramalazo s de galaxias y de nebulosas distantes y difusas.
La figura era insólita. Nadie en aquellas regiones poseía un ave domesticada que volase con un jinete humano en ella. Sólo los temidos piratas de Wolkaj. Pero aquella ave no llevaba el signo de los corsarios, sino un emblema con un águila bicéfala en su vientre, visible desde el suelo: Además, remontaba alturas poco habituales en los corsarios, eludiendo dirigir su majestuoso y potente vuelo hacia la exosfera de Vultar, donde se hallaba la Ciudad de las Estrellas.
En suma: mucha gente conocía el emblema del Hijo de los Dioses, el guerrero Aquilán. Y el paso majestuoso del ave fabulosa, primera arrancada a los piratas y domesticada y dominada por su nuevo jinete, no causaba terror, sino asombro.
—Mirad —decían algunos, señalando al cielo estrellado, sobre pueblos y villorrios de arcaicas regiones—. Es el emblema de Azur... El escudo de Aquilán, Hijo de los Dioses... y vencedor del maldito pirata Olaff, hijo y heredero del capitán Wolkaj...
Y la gente agitaba sus brazos al aire, en saludo que Aquilán no podía ver desde la altura, jinete en su nueva y sorprendente cabalgadura, extraño Pegaso de una rara mitología cósmica hecha realidad tangible.
Y muchos temían por su vida, pensando en la posible sed de venganza del temido y sanguinario Wolkaj. Y otros muchos confiaban en el futuro, esperando que el invicto guerrero de Enigia, elegido de las divinidades, terminase al fin con el imperio de terror de los salvajes corsarios del espacio.
No era un solo jinete quien ocupaba el amplio lomo del pájaro espacial. Ante Aquilán, sujeta por uno de sus fuertes brazos, iba

Olinka, la desvalida, la hija del amigo asesinado.
Eran dos los viajeros hacia alguna parte, bordeando las aguas sombrías y misteriosas del amplio Mar Tenebroso. Mientras los demás cabalgaban sobre animales que no podían despegarse del suelo, Aquilán y Olinka eran capaces de elevarse hacia lo alto, de sobrevolar campos, ciudades e incluso mares. El animal monstruoso, odiado, la cabalgadura maligna de los piratas del espacio, creaba una nueva forma de desplazamiento. Pero sólo Aquilán podía disfrutarla, puesto que era el único que capturó y domesticó en unos días de duro y arduo entrenamiento al animal habituado a llevar sobre sus lomos al sanguinario y orgulloso Olaff, el hijo del gran líder de los corsarios llegados de la exosfera luminosa de Vultar.
Su destino era un lugar en Zambya Meridión, la ciudad costera de Taura. Pero antes de ese punto final en su ruta aérea, tenían otro alto en la marcha: la Ciudad Sepultada, los edificios y muros hundidos bajo el alud ardiente de lava negra de los volcanes del caos geológico que convirtió al planeta Vultar en un mundo arcaico tras la gran civilización extinguida con Titania la Grande.
Y en esa ciudad, en ese lugar sombrío y misterioso donde una comunidad había desafiado a su doctrina, a su dogma de fe, pasando a convertirse en siervos de la Oscuridad, había un hueco que Olinka quería llenar con el preciado objeto que tenía entre sus manos, ignorado por todo el mundo: la Piedra de la Vida y de la Muerte.
Un cristal enigmático y fabuloso, que podía significar la riqueza, el poder, la felicidad... y finalmente la desdicha y la muerte.
Ese hueco quería llenarlo de nuevo Olinka, aunque fuese en una urbe vacía, muerta y olvidada. Y Aquilán aceptaba ese compromiso de la muchacha con su propia conciencia. Lo aceptaba, porque en realidad quería ayudarla en todo, ahora que le faltaban sus seres queridos. Y no dejaba de ser una gran ayuda que una muchacha perdiese de vista para siempre «aquello» que enriqueciera a sus padres, para arrebatárselo después con la misma brusquedad inexorable.
Y el único lugar donde podía deshacerse de un objeto como aquél, era justamente donde fuera robado años atrás: un altar en las ruinas de la Ciudad Sepultada, en el mundo yerto, en una isla desértica, donde la lava extendiera su capa de muerte pétrea y oscura, por los siglos de los siglos.
Isla Yerma al fin apareció a sus pies, atormentada, abrupta y casi fantasmal. Bajo las alas desplegadas del ave gigante. En medio de las sombrías aguas, quietas, plomizas y misteriosas, del Mar Tenebroso, origen de alucinantes leyendas y mitos dantescos...

* * *

Yermo. Aridez. Sequedad. Polvo gris, sol azul, calor viscoso. Silencio.

Acaso muerte...
Era la isla maldita. La sombría y abandonada Isla Yerma, con sus monjes silenciosos, sólo audibles en las noches de mar en calma y aire quieto, cuando las embarcaciones de los pescadores y mercaderes, en su singladura cerca de los arrecifes de la isla, juraban que la liturgia cantaba por los monjes del monasterio recordaba más a los cánticos obscenos y malignos de los aquelarres que a las oraciones elevadas a los dioses...
Y se decía, aunque quizá sólo fuese un dicho supersticioso de gentes ignorantes y simples, que sombras maléficas, espectros infernales, flotaban como nubarrones negros y sombríos por encima de la isla muerta, cuando los misereres extraños de aquellos religiosos encapuchados se elevaban en el aire silencioso de unas noches mortalmente calladas y extrañas.
Aquilán no tenía miedo a nada de eso. Cuando su pajarraco descendió, planeando sobre los peñascos apenas salpicados de tristes matojos entre las tierras calcinadas y las formas de la lava petrificada siglos atrás, al ocurrir el gran cataclismo, rodeó con su brazo a la dulce Olinka, y le dirigió una amplia sonrisa animosa, que suavizó la firmeza pétrea de sus facciones, e hizo sonreír también a la muchacha, cobrando ánimos.
—Es un lugar horrible —murmuró ella.
—Horrible —asintió Aquilán, pensativo, escudriñando el lugar minuciosamente—. Sólo las almas perdidas se alojan en lugares semejantes, huyendo del mundo y de sus gentes.
—¿Esos monjes son también almas perdidas?
—Mucho me temo que sí. Un día se acercaron al Mal, rompiendo con los dioses justos y benévolos que ayudan al hombre honesto. Y esa acción les hizo malditos, a ojos de hombres y de dioses. Ahora... sólo son parias, desheredados de la fortuna, que vegetan tristemente en su solitario monasterio, al que nadie visita, salvo aquellos que huyen también del Bien y de la noble senda de los rectos.
—¿Pueden... pueden ser un peligro para nosotros? —temió Olinka.
—Pueden serlo —Aquilán frunció el ceño. Sus metálicos ojos centellearon—. Ellos ignoran que venimos a dejar aquí el Cristal del Oráculo que, tal vez, les devuelva la luz que tanto necesitan su alma y su mente. Cuando nos vean, pueden pensar que somos salteadores, mercaderes o peregrinos. Y en cualquier caso, actuarán quizá violentamente, para defender su aislamiento condenatorio... o para lucrarse con nuestras supuestas riquezas.
—Los dioses nos ayuden si llegaran a caer tan bajo —se estremeció Olinka. Luego, sus ojos ingenuos se clavaron en Aquilán—. ¿Estamos lejos de la Ciudad Sepultada?
—No —negó él—. Bastará con que esperes a que baje la marea,

Olinka.
—¿La... marea? —pestañeó ella sorprendida, clavando en él sus ojos atónitos, sin entender lo que el rubio enigio afirmaba.
—Eso dije: la marea —sonrió Aquilán—. Mira ahí, en ese acantilado...
Ella miró, vio peñascos abruptos, arrecifes grises y hoscos que emergían del mar, frente a un farallón rocoso, cortado a pico, que era el litoral áspero de aquel lado de la extraña isla silenciosa, falta de flora, de fauna... y de seres humanos vivientes. Las aguas grisáceas, turbias y tumultuosas, ponían crestas violentas de espuma a aquellos peñascos emergiendo del mar.
—Ya lo veo. ¿Qué tiene de extraño? Es feo y abrupto, pero nada más.
—Espera. Sólo unos minutos, mientras cae la tarde y verás algo más que eso, Olinka. No creas que a la ciudad perdida se la llama así, sólo porque la sepultó la lava...
—La Ciudad Sepultada... No entiendo. Creí que era sólo eso...
Unos momentos más tarde, comenzó a comprender.
Supo por qué la urbe envuelta en lava ardiente, era La Ciudad Sepultada que todo el mundo nombraba con temor supersticioso.
Estaba sepultada por la lava petrificada... y por el propio Mar Tenebroso.
Cedía la tarde, cuando los arrecifes empezaron a emerger del mar, mientras éste descendía en su marea.
Y la ciudad surgió de las profundidades.
Era un fascinante espectáculo, a la lívida claridad del sol poniente, en un cielo purpúreo, llameante. Las aguas parecían abrirse, resbalar corno algo vivo, por encima de estructuras pétreas, informes, que un día fueron torres y edificios, palacios y balaustradas, escaleras y jardines. Una capa dura y brillante de negra lava, envolvía aquellas formas, casi diluyéndolas en perfiles suaves, fantasmales e inconcretos.
Pero de vez en cuando, en los edificios suntuosos y complejos, los salientes monstruosos de las gárgolas de piedra, eran reconocibles perfectamente, con sus rostros horribles, sus garras informes y sus cuerpos gibosos, dantescos, asomando entre goterones helados de lava sombría.
Imperceptiblemente, la playa de arrecifes en que se hallaban, se transformó ante sus ojos en una explanada rodeada de edificios negros y deformados, espectrales y fantásticos corno monstruos de piedra, cuyos balconajes y atalayas eran como ojos vaciados, siniestros, abiertos al oscurecer azul, y sus puertas y puentes levadizos bocas desdentadas y crueles, ávidas de apetitos in confesables y atroces.
Olinka sintió miedo, sin saber la razón. Y se abrazó a Aquilán, aturdida, fijos sus ojos en aquellas lustrosas estructuras de negros

perfiles e inquietante mutismo.
—Que los dioses nos protejan... —musitó ella—. Estoy asustada...
—Cálmate. Nada ha de sucederte. Es sólo una extraña ruina hundida en las aguas. Las mareas la cubren y descubren, según el momento. Es como una rara magia, pero no deja de ser algo natural, pues no interviene factor sobrenatural alguno. Ven conmigo, Olinka. Más allá de ese alto acantilado que sirve de protección a la vieja ciudad sumergida, encontraremos el Monasterio Maldito. Y en él depositaremos la Piedra de la Vida y de la Muerte antes de que sea medianoche y los monjes salgan para cantar sus diabólicos misereres paganos a la divinidades maléficas de la Oscuridad. Si ellos nos sorprendieran, podría ser la muerte para ambos. Se dice que poseen poderes ocultos, atorgados por la Diosa de los Muertos. Y aunque no sé lo que haya de verdad, en ello, es mejor no comprobarlo en nosotros mismos.
—Sí, Aquilán. Iré adonde digas, y seguiré tus pasos sin temor. Sé que llegaremos a buen puerto gracias a tu valor e inteligencia.
—Ojalá la realidad sea tan firme y segura como tu fe en mí, muchacha —sonrió el enigio, mirándola con efecto, y echando a andar decidido.
Olinka le siguió temerosa, mirando con respeto casi supersticioso los edificios informes, envueltos en la negra piedra volcánica.
De súbito, un largo y extraño sonido pareció rebotar de muro en muro de la fantasmal ciudad surgida de las aguas. Fue como la nota de un fantástico instrumento musical desconocido. O como el susurro sarcástico de un monstruo de otro mundo...
Olinka emitió un ronco grito de terror y se precipitó hacia Aquilán, abrazándose a él con frenético temor. El guerrero de Enigia notó, a través de la tela del sencillo vestido de la muchacha y de los pliegues de su propia capa escarlata, cómo temblaba su carne tibia y firme de mujercita adolescente.
—Serénate —murmuró tenso, escudriñando el lugar con interés, por encima del hombro de la muchacha, entornadas fríamente sus agudos ojos—. No es nada.
—Fue algo... —musitó ella—. Algo horrible...
—Tal vez algún ave marina exótica —se encogió de hombros el rubio joven—. No debes temer nada. Sigamos.
Siguieron. Pero Olinka sentía ya vibrar el miedo en todo su cuerpo estremecido. Miró a sus espaldas en varias ocasiones, mientras recorrían el dédalo de calles y plazas de la ciudad muerta, descubierta por la marea baja.
Bruscamente, el misterioso sonido se repitió.
Y esta vez, mucho más cerca. Por encima de sus cabezas, aparentemente.
Olinka chilló, aferrándose desesperada a Aquilán, que la oprimió

contra su musculoso cuerpo, en un esfuerzo por inculcarle algo de valor. Al mismo tiempo, guiado por el aparente origen de aquel ruido sibilante y estremecedor, Aquilán tuvo un gesto instintivo: levantó su cabeza y miró al cielo púrpura, por encima de ellos.
Entonces lo vio.
Descubrió al ser que les acechaba, a la «cosa» increíble y espeluznante que cobraba vida sobre ellos, en la negra lava de un torreón...
—Oh, no... —jadeó, con un escalofrío—. ¡Por los Dioses, eso no es posible! ...
La risa demoníaca y delirante, brotó de aquella «cosa», como el más terrible y convincente de los sonidos perceptibles, rebotando de casa en casa, con ecos diabólicos...

CAPÍTULO III

La Gárgola.
Era eso. Sólo eso. Nada menos que eso: una gárgola.
¡Una gárgola viva!
Piedra negra, lustrosa, brillante y dura... ¡pero viva!
Un rostro abominable, unos ojos pétreos, redondos, como globos de roca viva y refulgentes, de maligna, rara expresión cruel.
Porque... sí, tenía expresión. Había algo más que simple animación en aquella piedra como el basalto, que estaba empezando a reptar, a despegarse del resto del edificio, a descender hacia él, con muecas monstruosas, con garras que eran como membranosas extremidades de un animal anterior a los grandes diluvios de la Prehistoria de Vultar. Que, como un horrendo bufón deforme, dotado de una existencia demoníaca, emergía de la quietud eterna de la piedra para convertirse en un peligro cierto, tangible, aterrador.
Un peligro que descendía hacia ellos, emitiendo por sus labios pétreos una especie de sibilante risa o bramido de animal de otras dimensiones insospechadas y aterradoras...
La gárgola se movía cada vez más rápida hacia ellos.
Aquilán desenvainó su formidable espada de doble filo y maciza empuñadura, dispuesto a enfrentarse a cualquier peligro real y latente, aunque fuese de mágica piedra viva, resultado de algún prodigio inconcebible, rayano en el sortilegio.
Pero al mismo tiempo, llevado de una repentina y terrible sospecha, mientras oprimía contra sí a Olinka, pretendiendo protegerla de lo que no era de este mundo, miró en otras direcciones.
Con un escalofrío de horror comprobó que eran muchas las gárgolas horribles, los monstruos de piedra que reptaban hacia el suelo, dotados de vida, para atacarle con expresión torva, maligna, de triunfo

incontenible...
Olinka sollozaba, ante la presencia de aquella escalofriante amenaza que se les venía encima. Una amenaza que ella, sin duda, jamás imaginó, como ningún otro ser viviente de Vultar. Ver piedras vivas, animadas, en movimiento, de rostro espantable y físico espeluznante, disponiéndose a atacar a unos seres humanos, era realmente inconcebible. Pero estaba ocurriendo.
Y lo que luego seguiría, era por completo imprevisible...

* * *

Aquilán esperó a pie firme, en medio de una especie de plazoleta hexagonal, rodeado de viejos templos y edificios de un mundo ya vencido por la lava volcánica del cataclismo. Pero en medio de aquel ámbito silencioso, de muerte e inmovilismo, «algo» cobraba una vida maléfica, solapada y cruel, que no tenía lógica alguna. Pero el joven guerrero enigio no buscaba el lado lógico de las cosas, en un mundo donde el caos, la convulsión, las hechicerías, la superstición y los prodigios fuera del humano entendimiento, eran casi norma de vida, costumbres y hábitos de cada día...
No importaba que empuñase el acero para luchar contra piedra viva. Nada importaba, pensaba Aquilán, si la fe movía el brazo armado. Pero, ciertamente, ignoraba cómo podía un filo de acero mellar una piedra dura y bruñida, que surgía de las profundidades del Mar Tenebroso —mar de misterio, océano de extrañas leyendas y enigmas insondables como su sima—, para convertirse en criaturas de forma monstruosa, agresiva y cruel.
Las gárgolas eran ya seis o siete. En círculo. Y en círculo se movían, reptaban por la plaza, con sus deformes posturas, con sus contrahechas figuras a ras de tierra, como reptiles abominables que estuvieran complaciéndose previamente en una extraña masacre humana, entre sus dedos y músculos de lava endurecida...
—Aquilán, nos destruirán... —gimió Olinka—. Seremos aplastados por esas... esas cosas horribles que se nos vienen encima... ¿Qué espantoso prodigio estamos viviendo, para desgracia nuestra?
—No sé... No sé lo que sucede. Pero alguna magia extraña nos acosa, nos amenaza, surgiendo de las sombras, con sus criaturas escalofriantes... —jadeó Aquilán, sudoroso, con el rostro empapado de transpiración que hacía brillar su piel como bronce vivo. Como si él mismo fuese también una hermosa gárgola, arrogante y viril, de bella apostura, dotado de vida por la magia de los hechiceros invisibles que gobernaban los destinos ocultos de aquel mundo convulso.
Las gárgolas se aproximaban. Estaban ya tan cercanas, que el brillo de su piel producía la impresión de ser un barniz sobre un ente humano. Pero Aquilán sabía que no. Eran negras formas de lava cuyo

movimiento no tenía sentido, pero existía, y les daba la apariencia de unas criaturas de alguna raza ignorada, surgida de la oscuridad misma de tiempos remotos e inconcebibles.
—Sois piedra... —silabeó Aquilán—. Sólo piedra muerta y sin vida. ¡No podéis nada contra mí!
Risas hirientes, como silbidos de viento entre rocas huecas y agujereadas, retumbaron igual que ecos perdidos de un infierno indescriptible y feroz. Aquilán enarboló su espada. Al saltar la gárgola contra él, descargó el golpe de mandoble.
Saltaron chispas del brutal impacto de acero y piedra. Era increíble ver la piedra viva saltando como un reptil herido, bajo el choque de la hoja. Centelleos de fragua brillaron en el aire quieto del anochecer en la ciudad muerta. Olinka, de rodillas, sollozó, y emitió un chillido cuando la gárgola de un terrible griffo mítico se movió hacia ella, aleteando pesadamente, abierto su corvo pico cruel...
Aquilán describió otro giro vertiginoso de cuerpo y brazos. Nuevamente su mandoble soltó el trallazo de acero en la superficie basáltica y dura, que despidió chisporroteos y ruidos agrios, sin resquebrajarse siquiera.
Luego, fue todo como una pesadilla constante y enloquecedora. Golpes de espada, hoja de acero sobre la piedra lustrosa y durísima, chispazos y chasquidos abruptos, aullidos de otra vida y otro mundo de sombras impenetrables, emergiendo a través de la vida inculcada a la piedra maléfica...
Era un duelo absurdo e inútil. Era enfrentarse a la muerte, sólo para morir sin remedio, aplastado por el golpeteo de la piedra que ya abría brechas de sangre en los músculos embravecidos, ásperos y crispados de Aquilán, bajo una piel de bronce que se agrietaba con los impactos de la lava viviente.
Olinka, sollozante, oprimía contra sí su único tesoro, sus bienes escasos, el envoltorio en que conservaba la preciada gema robada por su padre a los Monjes Malditos... Y, de pronto, en el fragor de aquella pugna suicida y mortal, Aquilán tuvo una delirante idea súbita. El joven y rubio luchador enigio, se encogió bajo el destello de un ramalazo de intuición e inteligencia.
Acaso el único camino para que el acero doblegase a la dura piedra...
—¡Olinka! —rugió—. ¡La piedra! ¡El Cristal del Oráculo!...
Ella le miró, sin entender, mientras los monstruos terribles les rodeaban. Rápido, Aquilán exigió de la muchacha, imperioso:
—¡Entiéndelo, pequeña! ¡Esa piedra del Oráculo! ¡Es el único medio! ¡Inténtalo!...
Olinka comprendió entonces. Asintió, rápida. Miró con pavor el zarpazo de piedra de aquel horrendo griffo de lava negra, que dejó en su brazo un doloroso trío de surcos sanguinolentos.

Luego, la muchachita desenvolvió el objeto. Lo tomó con ambas manos... y se lo arrojó a Aquilán.
La zurda de éste, veloz, tomó el extraño cristal en el aire. Lo agitó, adelantándolo hacia los monstruos pétreos.
Un trallazo de luz cegadora brotó del cielo cárdeno y azul oscuro del anochecer. Un rayo fulgurante, purpúreo, restalló contra el faceteado complejo de la piedra luminosa y cristalina...
Al mismo tiempo, aullidos extraños y prolongados, lastimeros y roncos, brotaron de las piedras vivas y deformes, dotadas de vida...
¡La lava negra empezaba a ablandarse, a tomar una consistencia fofa y gelatinosa, como si en vez de piedra sólo fuese ya una pasta moldeable, como la cera caliente o el fango espeso!
Aquilán emitió un rugido de triunfo y, envuelto en aquel destello sobrenatural, que despedía por doquier resplandores deslumbrantes, como un haz de rayos púrpura, se precipitó sobre las gárgolas negras, ahora blandas e informes, como algo que se derrite súbitamente bajo una llama candente.
Cada mandoble era un aullido inhumano, bestial, casi doloroso a los oídos. Y fragmentos de «algo» viscoso y fofo que saltaba en pedazos, en goterones por los aires. Una, dos, tres, cuatro, cinco, seis, siete gárgolas, convertidas en diez, cien, mil fragmentos sin forma ni vida, igual que jirones de pasta que terminaban por convertirse en charcos negruzcos, en la ciudad silenciosa y terrible.
Jadeante, convulso, hasta que terminó con todos los monstruosos adversarios, Aquilán mantuvo en una de sus manos la antorcha de cristal faceteado que era la Piedra de la Vida y de la Muerte, y con la otra la formidable espada, goteando materia negra, viscosa, como piedra derretida en las entrañas de Vultar, en medio de un ígneo centro abrasador...
—¡Vencimos, Olinka, vencimos! —rugió Aquilán, con fiera luz en sus ojos endurecidos, más acerados que nunca, como si fueran simples reflejos de los destellos de su propia hoja de metal afilado—. ¡Es nuestra victoria sobre un mal que llegó de la región de las sombras!
Y casi extenuado, vacilante, aún tuvo fuerzas para enfundar su espada y, con la piedra resplandeciente en su mano, caminar hasta Olinka, alzarla del suelo con un solo brazo musculoso y firme, y juntos emprender la marcha hacia el acantilado, tras dejar a sus espaldas la plaza central de la ciudad muerta, envuelta en negra lava. La ciudad donde gárgolas de piedra viva habían caído fulminadas por un poder superior a la hechicería maligna que animó sus cuerpos de lava. Donde algo mortal y tenebroso se había alzado contra Aquilán, el guerrero de la rebeldía y el derecho del hombre a ser libre sobre el mundo donde vive...
Ambos, unidos, se alejaron de la Ciudad Sepultada, en cuyo suelo

flotaban ahora, como jirones de una forma de vida imposible y atroz, fragmentos oscuros, casi líquidos, de una materia que fue piedra y masa viva, y que ahora ya no era nada.
De súbito, ante ellos, de la noche ya oscura, de un azul profundo y misterioso, emergió el perfil gótico y fantasmal de una vieja abadía o monasterio entre árboles desnudos y atormentados.
Y, al mismo tiempo que el edificio religioso recortado contra el cielo frío y estrellado de Vultar aparecía delante de sus ojos fatigados... un cántico siniestro y espectral, símbolo de muerte, de diabólicas fuerzas en convulsión...
No era la liturgia musical del Bien y de la Fe, sino del Mal y de la Oscuridad... Y, de nuevo, Olinka, con un gemido de terror, se aferró a Aquilán, temiendo acaso que nuevos horrores se alzaran contra ellos, en dantesco obstáculo.
—Calma, Olinka —jadeó Aquilán—. Calma, pequeña... Me temo que no hemos hecho sino empezar las dificultades, los problemas, los enfrentamientos con las fuerzas siniestras de la oscuridad, con los seres de las Tinieblas, de la negra hechicería infernal... Animo, muchacha. Ten fe. Estaré siempre a tu lado. Siempre luchando por ti... contra lo que sea. Contra quien sea... hasta el fin.
Los cánticos demoníacos seguían subiendo en la noche. Eran como voces de ultratumba, como coros de diablos, en una liturgia terrorífica y malvada, destinada a condenar las almas de los hombres buenos de Vultar.
Aquellas voces surgían del Monasterio Maldito. Pero en ese monasterio señalado por la mano de Satán, estaba esperando el vacío estrado donde debía reposar para siempre la Piedra de la Vida y de la Muerte, acaso la esperanza final para los que se condenaron por error, debilidad o tentación.
Y antes de proseguir viaje hacia Taura, en Zambya Meridión, la promesa de Olinka y del bravo luchador enigio era depositar allí la piedra fabulosa.
Esa promesa iban a cumplirla. Aquilán estaba dispuesto a ello, para arrancar de la vida ioven y esperanzadora de su bella amiga, el maleficio que marcaba la posesión ilícita de aquella gema prodigiosa.
Y lo que Aquilán estaba resuelto a cumplir... se llevaba siempre a la práctica. Siempre.
Incluso en un viejo monasterio donde la fe inamovible había sido vencida por las fuerzas tenebrosas del Mal. En un templo donde unos religiosos se entregaron a la tentación maligna de los poderes de la oscuridad...
Mientras llegaban a los viejos muros góticos, los salmos infernales subían de tono. Una especie de densa, diabólica sombra amenazadora, se condensaba sobre las paredes medio derruidas.

Y, de repente, cuando ya era noche cerrada y oscura sobre el recinto que un día fuera recinto de la Fe, cuando negros nubarrones inexplicables velaban los centelleantes astros en el remoto cielo de Xaal, una figura encorvada y huidiza brotó de entre arbustos y ramajes desnudos y nudosos que elevaban al cielo brazos como sarmientos torturados. Alguien cayó de rodillas ante ellos, sollozando. Y, persignándose, su voz ronca clamó en la noche:
—¡Los dioses nos asistan! ¡Los dioses nos salven a todos! ¡Huid del Monasterio, alejaos de aquí para siempre si queréis seguir con vida y no condenar vuestros cuerpos y vuestras almas! ¡La Diosa de los Muertos gobierna ya en esta tierra maldita! ¡Huid, huid, hermanos, cuando aún es tiempo para ello!
Y el ser enloquecido, como si tras esta revelación a Aquilán y Olinka significara todo lo que estaba en su mano hacer para evitar males mayores, se alejó, saltando espasmódicamente por entre los ramajes y arbustos tortuosos. Perdióse a su vista, por los muros ruinosos. Y luego, de repente en la noche, un alarido largo, agónico y terrible, brotó de la parte a la que habíase dirigido en la oscuridad el misterioso personaje.
Siguió un silencio de muerte. Los salmos, paulatinamente, volvieron a elevarse. Aquilán oprimió contra sí a la estremecida Olinka y, valientemente, avanzó hacia el edificio viejo y ruinoso.
—¡Mira, Aquilán! —chilló ella, de súbito—. ¡Mira eso! ¡Es... es horrendo!
Aquilán miró hacia donde los ojos extraviados de la joven estaban fijos, sin dar crédito a lo que sus pupilas descubrían en la noche.
Y, por segunda vez en escaso período de tiempo, Aquilán sintió la helada zarpa del terror aferrando su torso, llegando hasta lo más hondo de su corazón, hasta casi congelarlo...

CAPÍTULO IV

Los monjes.
Los religiosos malditos ganados para las fuerzas de la Oscuridad. Eran ellos. Estaban allí, frente a los dos jóvenes.
Pero era horrible. Realmente estremecedor. Incluso un hombre endurecido y áspero, habituado a todas las situaciones difíciles como era Aquilán, el enigio, se conmovió, con un leve escalofrío, al verse ante los monjes del Monasterio Maldito.
Eran... eran cadáveres.
Cuerpos sin vida. Difuntos en movimiento, con vacías cuencas ensangrentadas. Ciegos, de ojos vaciados brutalmente, por alguna tortura diabólica... Con sus cuerpos estirados, rígidos, en la helada rigidez de la muerte, bajo la estameña sombría, color púrpura oscuro.

Con sus caperuzas medio caídas sobre unos rostros convulsos, lívidos, informes y como corruptos ya. Algo mefítico, acaso pus y hedor de muerte, descomposición de carne humana, manchaba de verduzcas capas aquellas facciones un día venerables y ahora poseídas por fuerzas diabólicas, que por su propia falta de fe en un momento dado no pudieron vencer definitivamente.
Aquilán supo que se enfrentaba a un peligro llegado de más allá de la magia y de sus negruras, de un ámbito mucho más gélido e impalpable que la propia hechicería maligna: de la propia Muerte y su Reino de Tinieblas eternas.
Se encaraba a los difuntos. A una legión de muertos que sólo podían estar dominados por una fuerza perversa e inconcebible: la de su sacerdotisa suprema, la que podía levantar a los muertos de sus tumbas, y dotar de una falsa vida maléfica a quienes ya no existían.
La Diosa de los Muertos...

* * *

Ella.
La terrible, diabólica, inconcebible Diosa de los Muertos...
Aquilán contempló pasivamente, rígido su musculoso cuerpo, a la legión dantesca que emergía de la noche, entornando salmos obscenos y siniestros, con una voz lúgubre, profunda, surgida de las heladas entrañas de los sepulcros más profundos y prohibidos de Vultar...
Los monjes tenebrosos eran igual que una marea humana, helada e incontenible. Ojos vaciados, órbitas ensangrentadas que goteaban por las mejillas, les miraban sin ver, acaso captando una imagen imposible, desde regiones donde lo material y lo inmaterial se fundían en un hechizo delirante. Manos huesudas, rugosas, convertidas en pura piel y esqueleto, emergieron de las amplias mangas de estameña de sus hábitos.
Y Olinka chilló, porque eran como garras de ave de presa. Como la mano misma de la Muerte, centuplicada por la comunidad toda, convertida en un sinfín de zarpas de huesos crujientes y gélidos, que podían arrastrar a uno a las profundidades de la fosa. O más allá, al Reino de los Muertos...
—No te muevas de mi lado —jadeó Aquilán, tenso, crispados sus nervios y músculos en una espera angustiosa—. No sé lo que va a suceder ahora aquí, pero tendrán que convertirme en un pelele sangriento y frío como lo son ellos, antes de que tú caigas en su poder y sufras algún daño.
—Pero, Aquilán, esto es diferente... —sollozó la muchacha—. ¿No te das cuenta? Es obra de ella...
—¿Ella?

—Sí, su diosa... La Diosa de los Muertos, la mujer maléfica que reina sobre aquellos que dejaron la existencia física y reposan en sus tumbas... ¡Tenebra, la Diosa-Vampiro!

La Diosa-Vampiro...

El héroe de Enigia, el libertador de su pueblo oprimido por los invasores hélidos, el que llamaron al nacer, Hijo de Dioses, entornó sus ojos centelleantes. Fieramente, rechazó con energía, mientras pensaba en las palabras pronunciadas poco antes por Olinka:

—¡No creo en dioses que regenten a los muertos!

Más creo en hechicerías y poderes capaces de mover a los difuntos y convertirles en máquinas, en marionetas de muerte. Pero no en que ellos, pobres desdichados que perdieron todo cuanto poseían, que era su vida, puedan regresar al mundo de los vivos para destruirlos...

—Y esos monjes que nos rodean... —tembló Olinka—. ¿Qué son, sino difuntos movidos por un poder satánico? Nos aniquilarán. Son peor que monstruos. Algo diabólico controla sus cráneos vacíos, sus cuerpos yertos y en descomposición... ¡El poder maldito de la Diosa de los Muertos, la hermosa y satánica Tenebra!

—Tenebra... —Aquilán sacudió su dorada cabeza con escepticismo, y enarboló su espada formidable con energía—. ¡Bah, simples supersticiones! ¿Quieres ver caer a esos seres, convertidos en simples guiñapos, en monigotes faltos de todo aliento vital? ¡Ahora mismo descubrirás que no asistes sino a un encantamiento, uno más en esta tierra de brujerías y hechizos nefastos, para enloquecer y aniquilar a los viajeros que osan pisar la Isla Yerma!

Y hablando así, pese al grito de horror que exhaló su joven amiga, el luchador enigio cargó contra los monjes difuntos.

Fue algo indescriptible y atroz. Aquilán empezó a soltar tajos por doquier, y con los trozos de estameña limpiamente segados, saltaron manos huesudas, brazos mutilados, tibias y fémures, incluso cabezas en período de putridez, goteando pus y hediondez y viscosa por sus úlceras de difuntos corrompidos.

Sin embargo, TODOS aquellos trozos, como elementos vivos, independientes entre sí, se movían en dirección a él, saltaban sobre sus piernas y brazos ... Huesos helados se pegaban a su piel, dedos crispados, en movimiento se agarraban de forma dantesca a sus pies y brazos, cabezas decapitadas y medio convertidas ya en calavera hacían castañetear sus dientes, mordiendo pavorosamente los flotantes pliegues de su capa ... Olinka, en el frenesí de sus terrores, gritaba y gritaba, incapaz de controlar su pánico devastador.

Y Aquilán, pese a todo, cubierto de trozos de cadáver en movimiento, de fragmentos humanos malolientes, dotados de extraña vida diabólica, seguía machacando, abatiendo hileras de monjes, sin lograr romper tampoco aquel salmo, aquel cántico lúgubre, que parecía

brotar del aire mismo, de la tierra sarmentosa, acaso de los fragmentos vivientes de los cadáveres en movimiento...
—La piedra —gimió Olinka—. La piedra puede salvamos otra vez Aquilán, ¿quieres el Cristal del Oráculo? ¿Lo quieres?
Y movía el envoltorio que ya una vez salvara su destino, en medio del acoso de las gárgolas vivientes de la Ciudad Sepultada.
—¡No! —rugió el guerrero, furioso, bañado en sudor, en salpicaduras de pus, de sangre, de carne putrefacta, de huesos ávidos y con vida, pese a sus mutilaciones—¡No se puede confiar siempre en un objeto de mágico poder! ¡La fuerza está en la propia fe, en el afán de lucha, en la seguridad misma de vencer con las propias fuerzas que los dioses le dieron a uno cuando le enviaron a este mundo! ¡Olinka, reza! Pero reza pensando en el Bien y en la paz de los difuntos... mientras yo lucho hasta morir si es preciso. Morir, no siempre es lo peor. Vivir sin fe ni confianza, es el fin del hombre, esté donde esté...
Y exaltado, en el paroxismo de su furia guerrera, arrollando a los muertos, segando hábitos, cabezas, manos, brazos y piernas que, mutilados, saltaban y se movían por el suelo, como alimañas vivas y monstruosas. Algunos de los fragmentos fueron a caer sobre Olinka, y su chillido de terror y de náuseas fue estridente, desgarrador. .
Luego, de súbito, Aquilán creyó ver, flotando en la atmósfera nubosa de la noche, la imagen de una tenebrosa y bellísima mujer de larga cabellera color azabache, oscura y azul como el cielo nocturno, centelleante como los astros, bañado el cabello por luces inalcanzables para el hombre...
Unos ojos negrísimos, fulgurantes, se fijaban en él desde la sombra. Una boca carnosa y sensual, todo deseo y lujuria, se abría ávidamente, como buscando besarle. Y una voz susurrante flotaba en el ambiente, llegando enloquecedora, llena de insinuaciones lascivas, hasta el fondo de la mente y los sentidos de Aquilán:
—Ríndete... No luches... Me perteneces, bravo y hermoso guerrero... Muere, y sé mío... Yo soy el amor, la felicidad, el deseo satisfecho. La muerte es sólo vivir en el placer y en la posesión Aquilán, rubio y hermoso héroe... ¡entrégate a mis helados labios, capaces de arder de amor en los tuyos!
—No, no... —susurró él, enérgico, forcejeando contra su propia voluntad frágil, quebradiza y torpe, contra sus repentinos deseos de descansar, de avanzar hacia los brazos mórbidos de la hembra flotante en las sombras, cuyo cuerpo sinuoso reptaba, envuelto en negras ropas salpicadas de luces centelleantes—. ¡Nunca! Aquilán no se entrega nunca... Aquilán siempre lucha...
—Soy hermosa, Aquilán... Y complaciente. Será la vida eterna. Toda una eternidad... conmigo... olvidado de todo lo que no sea placer... —insistió la voz melosa, el cuerpo turgente, los ojos llameantes de

deseo, la boca exultante de placeres ocultos.
—¡Jamás! —rugió Aquilán—. ¡Eres Tenebra, la Diosa-Vampiro, Señora de los Muertos! ¡Te conozco, nefasta criatura del Mal! ¡Que los dioses del Bien te alejen de mi, arpía!
Todo cambió ante Aquilán en ese mismo instante. El rostro de ella se tornó afilado, lívido y frío. Los ojos fulgurantes, hasta borrarse y ser sólo dos vacías cuencas negras, rebosantes de fétidos gusanos en movimiento.
Y la boca, la hermosa, sensual boca roja, se tornó cérea, crispada... y con afilados dientes, colmillos sangrantes y voraces, emergiendo de entre ellos...
¡Tenebra, la Diosa-Vampiro, se mostró en toda su terrible fealdad, en su espantosa apariencia maléfica!
Un grito ronco y dolorido escapó de aquella boca lívida, apretada y convulsa por el odio y la ira. Al conjuro de la voz y del desprecio de Aquilán, que puso frente a la sombra flotante de la mujer la cruz de su espada, como símbolo de algo que podía enfrentarse al Mal y a la Muerte, las nubes negras se disolvieron sobre el monasterio, arrastradas por un repentino soplo de viento helado y húmedo. En tierra, los huesos se inmovilizaron, los miembros mutilados de los difuntos monjes quedaron quietos de súbito, y los cuerpos rígidos de los religiosos se paralizaron, para terminar cayendo sordamente a tierra, para no moverse más.
—Lo logré... —jadeó Aquilán, fatigado, volviéndose hacia Olinka—. Lo logré, pequeña, sin necesidad de tu mágica piedra fulgurante. Lo logré, y ahora estamos a salvo. De los muertos vivientes, de la Diosa-Vampiro... y de toda su amenaza de ultratumba. Escucha: ya no hay voces de otro mundo en el ambiente. Descansan los difuntos, porque ésa es la ley de los dioses... Vencimos, Olinka. Demos reposo eterno a estos desdichados. Dejemos en su altar la Piedra de la Vida y de la Muerte. Y sigamos adelante. Siempre adelante, sin desfallecer en el camino. Siempre adelante...
Era cierto. En el cielo nocturno, todo era ahora paz, silencio y lejano brillo de estrellas. Ninguna sombra mágica flotaba sobre el monasterio. Ningún monje se movía de su quietud eterna. La paz había vuelto al lugar que un día fuera centro de recogimiento y de fe.
En el aire, no sonaba ya un solo salmo diabólico, una sola voz cantando al Mal. El miserere diabólico de los pecadores, habíase extinguido, junto con su maldición...
Y, de repente, se oyó el llanto de mujer.

CANTO SEGUNDO
TENEBRA

«Decidme, oh Dioses, cuántas formas puede adoptar el Mal, especialmente cuando es una mujer su símbolo. ¿Sierpe o humana criatura? Poco importa. Yo he visto al reptil convertirse en mujer... y a la mujer transformarse en víbora maligna, ante mis propios ojos, e incluso envuelta en mis propios brazos.»

(De un poema anónimo de Nigrodia, capital del Reino de Zorán, al Este de Vultar.)

CAPÍTULO PRIMERO

El llanto guió a Aquilán y a Olinka.
Era triste y melodioso, como si un niño lo emitiera, olvidado de todos. El llanto más musical que jamás oyera Aquilán anteriormente. Y también el más melancólico y desesperado de todos.
Pero, evidentemente, no era un niño quien lloraba, sino una mujer.
Una mujer de cuyo paradero y naturaleza nada sabían. El llanto, sin embargo, parecía venir del interior mismo de las ruinas. Del Monasterio Maldito al que se dirigían para depositar la Piedra de la Vida y de la Muerte...
Aquilán oprimió con fuerza la mano de Olinka.
—¿Oyes? —indagó—. Es una voz humana. Alguien llora...
—Llora una mujer —asintió ella—. Cuidado, Aquilán. El Mal adquiere, a veces, las más tentadoras apariencias...
—Lo sé. No me dejo nunca cegar por la belleza superficial ni por quien parece puro y limpio como la luz de los astros. No te apartes de mí. Busquemos a quien solloza así. Y hagámoslo serenamente. Sin confianzas.
Y así, serenamente y sin confianzas, avanzaron resueltamente ambos jóvenes, enlazados firmemente sus manos, por entre las negras paredes a medio derruir, las arcadas inciertas y los claustros donde la eterna condenación alcanzó a los monjes entregados a las fuerzas de la oscuridad.
El llanto de mujer seguía escuchándose, débil pero cercano, cada vez más próximo a ellos.
Se detuvieron ante una serie de arcos que iban a terminar en un altar triangular, color lechoso y plateado, como envuelto en un nimbo de luz irisada. Era el Ara de la Piedra del Oráculo.
Y a él se dirigieron resueltamente, antes que atender a los llantos de mujer. Ante ese altar vacío, que parecía aguardar a algo que le pertenecía, se detuvieron, ambos. Se miraron. El asintió.
—Depositalo ahí —dijo—. Será suficiente.
Olinka sonrió. Tomó su envoltorio. Con celo, con ternura, pero con firme determinación, avanzó hasta el altar. Desenvolvió la gran gema cristalina, que arrojó destellos deslumbrantes, mientras era izada por

sus manos hasta el lugar en que debía reposar por una eternidad...
Apenas la piedra tocó la extremidad superior de la pirámide plateada, hubo un centelleo vivísimo. En torno de ellos, voces angélicas parecieron surgir de todos los puntos, y unirse en un coro magistral, dejando las notas cristalinas vibrando como algo vivo y tangible en el aire.
Un raudal de luz dorada envolvió las ruinas del Monasterio. Y Olinka pidió, junto a Aquilán, que caía de rodillas, maravillado por la grandiosidad del momento:
—Oh, dioses, otorgad a todos los hombres sencillos el derecho a vivir dignamente. Devolved a los que sufren por el error cometido un día, la eterna paz de una muerte cierta y sin retornos diabólicos a la existencia terrena. Caiga la paz sobre estas tierras atormentadas, y bórrense las huellas del Mal allí donde sólo la fe debe imperar.
Fue como si los cielos de Xaal se abriesen para derramar una lluvia de luz sobre la Isla Yerma. Las figuras mutiladas y monstruosas de los monjes malditos, se unieron y concretaron en sombras de luz que ascendieron majestuosamente hacia las alturas. Los cuerpos mortales, los restos terrenos, fueron absorbidos por tierras que se convulsionaban y agitaban bajo sus pies.
Así, en ese momento supremo, en que una preciada gema sobrenatural volvía a su sitio, devuelta por las manos inocentes de una muchacha noble y sencilla, los Monjes Malditos fueron perdonados por los siglos de los siglos, sus almas hallaron la senda digna, y sus cuerpos se sepultaron solos, para nunca más emerger en aquelarre alguno de las fuerzas de las Tinieblas.
Luego, la luz se extinguió. Una paz infinita reinó en la Isla Yerma, mientras negras piedras de lava se hundían para siempre en el Mar Tenebroso, y desaparecía de las costas la Ciudad Sepultada, esta vez para no volver a emerger nunca más...
Ambos jóvenes se miraron, risueños. En la tierra se hundía, entre fulgores cárdenos y purpúreos, la pirámide y el Cristal del Oráculo. Momentos después, no quedaba señal alguna de su presencia.
Pero alrededor de ellos, las brañas atormentadas se convertían en hierbas agitadas por una suave brisa, los sarmientos retorcidos, transformados en arbustos jóvenes, y las negruzcas ruinas del Monasterio se habían tornado muros de piedra gris y venerable, sin sombra de perversidad en sus estructuras...
Sólo una cosa persistió en el aire quieto y callado.
Sólo un sonido.
Aquel suave, cercano, llanto de mujer...

* * *

Era hermosa.

Muy hermosa. Aquilán estaba seguro de no haber visto jamás belleza semejante. Pestañeó, asombrado, y su cuerpo joven, vigoroso y elástico como el de un felino, se estremeció con una emoción nueva y desconocida, que nunca le habían hecho sentir las meretrices de Rhem o las complacientes danzarinas de Puerto Hélium y de Atlas.
Esta mujer era distinta. Distinta y bellísima, se dijo Aquilán, sin apartar sus ojos maravillados de aquel cuerpo de mujer, rosado y escultural.
Olinka, a su lado, fue por unos momentos más mujer que niña, y tiró con energía de los pliegues de su capa escarlata.
—Aquilán, no dejes que la belleza física te deslumbre —musitó—. No permitas que tus ojos se cieguen con el deseo y la sed de posesión, que son armas viejas como nuestro mundo, capaces de aniquilar a hombres más fuertes que tú, cuando una mujer hábil y sin escrúpulos las maneja a su antojo.
—Esa mujer no parece hábil ni astuta, Olinka —sonrió Aquilán—. Sólo es hermosa y desvalida, ¿no la ves?
—Yo la veo de modo menos engañoso que tú. Soy mujer, como ella, y no hay pasión que me deslumbre —le advirtió la muchachita—. El camino a Taura es largo y peligroso, aun sin necesidad de que una hermosa desconocida lo complique más aún.
—Olinka, ¿tendrías corazón para dejar que una criatura sufra, sin prestarle ayuda? —la reprochó él secamente, echando a andar, resuelto, hacia la rosada, rubia y angelical aparición de aquel claustro sombrío.
Los coturnos tachonados de metal dorado que calzaba Aquilán el guerrero, crujieron sobre las losas del templo, a medida que sus pasos le aproximaban a la muchacha postrada, cuyos muslos desnudos eran un juego de nácar y de mármol, sus senos eran copas doradas y turgentes, y sus cabellos como miel desparramada generosamente sobre los hombros desnudos, mórbidos, y el óvalo resplandeciente y majestuoso de una belleza de mujer fascinante.
—¿Por qué lloras, muchacha? —fue la dulce pregunta.
Ella le miró, pudorosa, desde el fondo verde luminoso de sus grandes pupilas rasgadas, exóticas y misteriosas. Pestañeó, y sus pestañas eran como hilillos de oro adheridos a sus párpados alabastrinos. La boca, una roja herida pulposa y sensual, se distendió en una especie de sonrisa sublime y desvalida a la vez.
—Lloro por mi mundo perdido para siempre. Y lloro por no poder volver nunca a él, hombre del pelo de oro.
Aquilán sonrió. Ella cubría ahora sus senos con gasas sutiles salpicadas de entramados platinos, que diluían en un velo argentino las formas delicadas de mujer escultural. Se incorporaba despacio. Lágrimas silenciosas, como perlas cristalinas: rodaban por sus mejillas rosadas.

—¿Cuál es tu mundo, muchacha? —quiso saber el joven viajero de Enigia.
—Uno al que tú jamás podrás llegar con el vuelo de tu fantasía ni de tu imaginación. Ni con animal alguno que cabalgue o vuele, en este mundo triste y sombrío en que nos hallamos.
—Tal vez las cosas no sean como dices —sentenció Aquilán, pensativo—. Mi cabalgadura es fuerte como el corcel felino más poderoso de los montes urnos o de los bosques de Arburia. Y ágil en su vuelo, como las naves de los dioses en otros tiempos, surcando las estrellas del firmamento, mujer. Tal vez pueda llevarte a tu mundo perdido y llorado...
—¿Llevarme allá? —meneó su cabeza, con revoloteo de dorada melena sedosa—. Imposible, viajero hermoso. Toda tu fuerza y tu poder serían incapaces de ello. Nadie cruzó, jamás, el Valle de las Sombras, para conducir a alguien a lo que está más allá del Río Eterno de la Oscuridad.
La mirada verde, fija en él, era una fascinación sublime. Olinka, vivamente, aferró el brazo nervudo y musculoso de su amigo y protector, para clamar, fija su mirada recelosa en la bellísima criatura del monasterio.
—¡Guárdate de palabras engañosas y de sutiles mentiras! Aquilán, ella ha hablado del... del Valle de las Sombras. Y del Río Eterno de la Oscuridad... ¿Sabes... sabes lo que significa eso?
—Sí —sonrió con firmeza él—. La Muerte.
—La Muerte... ¡Las tinieblas de donde no se vuelve, a menos que se sea siervo fiel de Tenebra, la Diosa-Vampiro, sacerdotisa de Los Muertos Que No Descansan! —gimió Olinka, amedrentada, llena de supersticiosos recelos—. ¿Es que no te das cuenta? ¡Ella pretenderá llevarte a la oscuridad, a la fría muerte de los Hombres-Vampiros! ¡La maldición satánica que hizo a los monjes pecar y sufrir su penitencia, caería sobre ti si la escucharas!
—Criatura, ¿de qué hablas? —sonrió dulcemente la desconocida, exhibiendo dos brillantes hileras de perlas, como un bardo hubiera cantado su bella dentadura—. ¿Es él tu hermano o tu amante? ¿Tu prometido o tu esposo?
—¿Amante, esposo, prometido...? —enrojeció vivamente Olinka—. No, no... Tampoco hermano...
—¿Qué es, entonces, para ti, ese hombre a quien con tanto ardor defiendes de pretendidas y sutiles trampas de mujer? —sonrió la boca carnosa, roja y seductora.
—Mi... mi protector y amigo... —declaró torpemente la muchachita, tratando de evitar la mirada de Aquilán, que sonreía. Enrojecida su bonita cara casi infantil, con el rubor más candoroso del mundo—. Sólo eso...

—Sólo eso... —ponderó la rubia belleza, contemplando los músculos poderosos de Aquilán, su cuerpo elástico y viril—. Buen amigo y arrogante protector supiste hallar, muchacha. Y nada temas de mí. No te despojaré de él, ni él me permitiría hacerlo tampoco. Dejad que siga llorando mi desconsuelo y soledad, y seguid vuestro viaje en buen hora.
Aquilán movió negativamente la cabeza, con energía y resolución. Tal como temía la propia Olinka, al oír las melosas palabras de la desconocida.
—Nunca deja un guerrero a una mujer en soledad, llorando sus penas, pueda o no aliviarlas con su brazo y su espada. Dime, mujer, si puedo hacer por ti otra cosa que no sea salvar lo insalvable, como sería atravesar el Río Eterno de la Oscuridad y sobrevivir.
—No, nada puedes hacer por mí en ese caso. Sólo aquel que sea capaz de cruzar el Valle de las Sombras sin miedo a morir, podría hacer por mí lo que ahuyentaría mi pena y proporcionaría mi felicidad.
—No temo morir. Pero la falta de miedo a la Muerte no permite que ésta te perdone si la desafías en sus propios dominios —sentenció con aspereza Aquilán.
—No me entiendes, guerrero. No hablaba de un miedo a la muerte en sí, de un temor físico y cobarde que jamás imaginaría en ti. Hablaba de que solamente quien va seguro de cruzar el Valle de las Sombras sin dejar en él su alma o sin ser amado por la Diosa de la Oscuridad, la hermosa y terrible Tenebra, puede ser capaz de atravesar su curso de negruras, y llegar más lejos.
—¿Más lejos de la Muerte? —dudó Aquilán—. ¿Hay... hay más allá, mujer?
—Zayda te jura que sí. Es un juramento por los dioses, guerrero.
—Zayda... ¿Es tu nombre?
—Sí... —le miró, intensamente—. Y Aquilán el tuyo, como ella dijo, ¿no es cierto?
—Aquilán de Enigia, rebelde y libertador de mi pueblo —asintió él.
—Conozco poco tu mundo, pero imaginé que Enigia era tierra lejana de aquí.
—Lo es. Viajo con ella hacia otras tierras —señaló a Olinka—. Perdió a sus padres y hermano. También sus bienes y hogar. Tiene parientes que la acogerán gustosos, y con ellos la llevo.
—Entiendo, guerrero. Sigue en buena hora tu viaje con ella. No debo apartarte del camino.
—Quisiera apartarme, si con ello podía devolverte a tus gentes, a tu mundo.
—Ya sabes que ello no es posible. Para volver con los míos, debería salvar las Tinieblas y vivir. Nadie puede hacer ese viaje sin que Tenebra extienda hacia él sus manos heladas y acariciadoras.

Aquilán contempló las manos de Zayda cuando ella decía eso. Un remoto temor oculto le asaltó de repente. Recordó viejas leyendas que hablaban de hechiceras demoníacas, capaces de presentarse con la más bella apariencia, como las Sirenas de las islas de arrecifes donde morían estrellados los marinos torpes y crédulos.
Manos pálidas, sensitivas, esbeltas y de largas uñas... ¿Acaso las frías manos de la Diosa de los Muertos? pensó, con una sacudida escéptica de cabeza.
No, imposible, Olinka lograba llenarle de temores insensatos e injustificados. No había nada que temer de una mujer que lloraba en soledad. Aunque viniera de... del otro lado de las sombras eternas, como decía ella enigmáticamente.
—Zayda, si pudieras explicarme cuando menos... —comentó Aquilán—. Deja que te conduzca a lugar más acogedor y hospitalario que esta isla silenciosa y yerma. Zambya Meridión es una tierra meridional, alegre y confiada. Te acogerán gustosamente. Puedes ser en pocos días, artista, reina o emperatriz. Una mujer hermosa e inteligente puede ser allí lo que desee.
—Agradezco tus elogios, Aquilán, pero no me seduce la idea de ser nada allí donde no está mi mundo y mi vida. Pero acepto, cuando menos, tu generoso ofrecimiento, si a tu amiga y protegida no le causa molestia o disgusto mi presencia a vuestro lado...
Aquilán buscó a Olinka con la mirada. Ella vaciló, terminando por encogerse de hombros e inclinar la cabeza.
—No tengo nada que oponer —murmuró—. Sea en buena hora que podamos ayudarte, Zayda, y que los dioses velen por ti, si ésa es tu situación verdadera.
—¿Crees que miento? —sonrió ella, dulcemente.
—No sé qué pensar. Soy mujer y, como tal, desconfiada con otras mujeres.
—Te comprendo. Y te disculpo. Yo vengo de muy lejos, pero allí no son las cosas muy diferentes a aquí en el fondo, puedes creerme.
—Para venir de tan lejos, tu voz no tiene ningún acento extranjero, y hablas nuestra lengua mejor que mis compatriotas —señaló de súbito Olinka, con astuta mirada.
Zayda sonrió, y Aquilán se creyó obligado a puntualizar:
—Cierto. Olinka tiene razón. ¿Quién te enseñó nuestra lengua tan perfectamente, en mundo tan distante y extraño para nosotros como el que puede hallarse más allá del Valle de las Sombras de la Muerte?
—Hay cosas que Zayda sabe por sí sola, como lo sabemos todos los de mi mundo —dijo ella, enigmática, entornando sus ojos verdes, repentinamente fríos y como hostiles—. Deberéis confiar en mí y no creerme una enemiga. De otro modo quizá que no os acompañe en el viaje. Hay mucho de misterioso en mí, y me gustaría gozar de vuestra

fe y confianza, amigos. Si no es así, es mejor quedarse aquí...
—Perdona —habló Olinka espontáneamente, acercándose a ella. Puso sus manos adolescentes sobre los hombros desnudos, mórbidos y rosados—. Creo que no soy justa contigo. Ven con nosotros. No haré más observaciones molestas, te lo aseguro.
—Gracias —Zayda la miró, pensativa. Luego, se inclinó y besó espontáneamente las mejillas de Olinka—. Créeme, muchacha. En mí no encontrarás nunca una enemiga. Aunque a veces pueda parecértelo, y no todo esté claro en mi conducta...
Tras esas enigmáticas palabras, Zayda, la bella que lloraba por no poder regresar a aquel lugar al que Aquilán tampoco le estaba permitido ir, se unió a la pareja de viajeros.
Y poco más tarde, el majestuoso pájaro, la cabalgadura alada de Aquilán, botín obtenido de los temibles Piratas Interplanetarios del capitán Wolkaj, remontaba su vuelo portentoso, sobre islas y mares, camino de las cercanas costas de Zambya Meridión, en busca de la ciudad de Taura, situada a occidente del misterioso Río Vulpes, el que se internaba en las tierras mágicas de Zorán, mundo de hechiceros, brujos y misteriosos lugares poco visitados por los occidentales de Vultar.
Ahora, eran tres los jinetes del ave mítica de los espacios lunares de Vultar: Aquilán el enigio, Olinka, su protegida... y la bellísima y misteriosa Zayda, la mujer de los verdes ojos exóticos, la melena del color de la miel y la piel rosada, pura y tersa como el alabastro...
Un misterio envolvía la vida de la hermosa mujer llegada de algún lugar más allá de la Muerte, como ella dijera. Pero ella misma no quería hablar de ese enigma que, en esos momentos, apasionaba interiormente a Aquilán, en aquel vuelo majestuoso sobre las grises aguas procelosas del Mar Tenebroso.
Y, de repente, el cielo se cubrió de sombras amenazadoras, como aves de rapiña planeando sobre ellos.
Hubo graznidos agudos en el cielo. Formas aladas descendieron velozmente hacia ellos...
Olinka gritó, mortalmente pálida, clavando sus ojos en aquellas formas surgidas del propio infierno...
—¡Los piratas! —chilló, con terror—. ¡Los piratas de Wolkaj!
Aquilán levantó su fiero rostro ensombrecido, sin soltar las doradas riendas de su ave. Era cierto. Eran los piratas del aire...

CAPÍTULO II

—Wolkaj... —jadeó Aquilán, tenso—. Vendrá a vengar a su hijo...
—Estamos perdidos —sollozó Olinka, lívido su atemorizado rostro.
—Aún no —rechazó Aquilán, altivo—. Lucharemos hasta morir, si es

preciso. Pero jamás nos rendiremos a esos asesinos.
—¿Asesinos? ¿Piratas? —indagó Zayda—. ¿Qué es lo que sucede, Aquilán? ¿Quiénes son esos seres que vuelan hacia nosotros?
—Criminales sin conciencia. Ellos mataron a la familia de Olinka. No conocen la piedad ni el perdón. Roban, matan y saquean por doquier. Ahora quieren vengar a uno que maté, y que resultó ser el hijo de su jefe...
—Comprendo —los verdes ojos fulgurantes contemplaron sombriamente a los bandidos de la exosfera de Vultar—. Se hizo presente el Mal...
—Algo así. Zayda, si caemos vivos en su poder, sería mil veces peor que la misma muerte. Intentaré poneros a salvo y enfrentarme a ellos, a la espera de una oportunidad para escapar. Son demasiado numerosos. No les temo, pero terminarán aplastándonos inexorablemente, como es lógico...
—¿Esperas poder luchar contra tantos enemigos? —dudó ella, pestañeando.
—No. Espero abatir a alguno, para caer luego bajo el alud —sonrió fieramente Aquilán.
—¿Y no te asusta morir?
—No hay nada que realmente me asuste, Zayda. Ni la misma muerte. Lo único capaz de asustarme es la seguridad de no poder llegar a alguna parte, y perder la batalla en el camino. Por eso te dije que no podía ir a tu mundo, teniendo que cruzar un terreno que nos está prohibido a todos los humanos, Zayda...
—Nada hay prohibido a quien nada teme —sentenció ella enigmáticamente. Miró a lo alto, a los Piratas Interplanetarios que rugían, ávidos de sangre y de triunfo, lanzándose sobre ellos con el vuelo fantástico de sus corceles del espacio—. Y, si realmente, crees que no existe esperanza en esta lucha desigual contra ellos... sea realidad tu deseo, y apartemos ese peligro de nuestro camino...
Inesperadamente, se realizó el prodigio.
Fue como un repentino estallido de luz en el cielo, a pies de su cabalgadura alada. Una espira vertiginosa, como una vorágine de luz, les absorbió.
Aquilán supo que flotaban en medio de una materia liviana y luminosa, donde no había formas ni materia. La sensación duró un segundo, acaso dos. Luego, se disipó por completo. Y se vieron sobrevolando las tierras de Zambya Meridión, muy lejos del punto donde emergieran los piratas del espacio.
—¿Qué... qué ha sucedido? —indagó Aquilán, todavía desorientado, perplejo, con la mano en la empuñadura de la espada que nunca llegó a desenvainar.
—Dejamos atrás el peligro —sonrió Zayda, enigmática—. Estamos

llegando a nuestro destino...
Era cierto. Abajo, la ciudad de Taura se extendía cerca del litoral del pequeño país meridional. Habían salvado en un instante una considerable distancia. Y, lo que era más incomprensible: habían eludido definitivamente el ataque mortífero de los piratas de Wolkaj.
—Inaudito... —masculló el guerrero enigio, todavía desconcertado—. ¿Cómo pudo suceder? Zayda, ¿qué es lo que hiciste?
—Vosotros me ayudasteis en mis apuros. Era justo que yo os ayudara a resolver los vuestros. Ya dije que no debéis sorprenderos por nada. No soy vuestra enemiga, aunque a veces pueda pareceros misteriosa y extraña...
—Tengo que darte las gracias por tu intervención, sea prodigiosa o no —habló Olinka, aún impresionada—. Nadie hubiera logrado lo que tú hiciste, Zayda. ¿Cuáles son, exactamente, tus poderes?
—Veo que lo que en otros lugares es un don vulgar y sin relieve, aquí puede ayudar a resolver muchas dificultades a la gente —sonrió Zayda—. Así son las cosas. Pertenecemos a mundos y regiones muy diferentes...
—Mundos diferentes... —meditó Aquilán, ceñudo—. ¿Acaso vienes del espacio? Leí en viejos libros de la sabiduría de Titania la Grande, que hubo épocas en que se supo de civilizaciones más allá de las estrellas...
—No, no vengo de lo que tú llamas «espacio» —negó Zayda—. Existen otros espacios y mundos que nadie sospecha... Regiones adonde jamás llegaron los seres de vuestra existencia... Tuviste razón, Aquilán. Sería una locura pretender ayudarme a volver allá. Tú eres solamente un hombre fuerte y valeroso, pero nada más. Tus poderes no son mágicos ni superiores. No podrías salvar la región de la Muerte, enfrentarte a Tenebra, la Diosa de los Muertos... Y menos aún llegar más allá, donde la Muerte no existe...
Descendían hacia Taura. Aquilán, con el rostro endurecido, resuelto, se limitó a dar una inesperada, brusca respuesta, a la misteriosa desconocida:
—No sé si alguna vez lo lograré. Pero estoy dispuesto a llevarte más allá del Valle de las Sombras... a pesar de Tenebra, la Diosa-Vampiro. A pesar del Río Eterno de la Oscuridad... A pesar de todo cuanto se oponga a mi viaje...

* * *

—No hablarás en serio, ¿verdad, Aquilán?
—Completamente en serio, Olinka.
—Aquilán, es una locura ¡Nunca llegarías tan lejos! Sería peor que morir.
—Morir es el silencio y la oscuridad. Si caes en poder de Tenebra, es

el no morir, el vivir vampirizado por la Diosa, convertido en un espectro ambulante... Ese es el riesgo.
—Habrá otros muchos. Ningún hombre ha viajado, jamás, más allá de los Muertos...
—Zayda viene de allí. Y allí debe volver. Si un mortal puede conducirla, intentaré que sea yo.
—Aquilán, ¿te has enamorado acaso de ella? —gimió Olinka, muy pálida, aferrando sus brazos con energía, en el jardín de la vivienda de sus tíos, allá en Taura, frente al mar.
—¿Enamorarme? No, no creo. Es hermosa y necesita ayuda. Pero no la amo. Sencillamente, pago un favor con otro. Ella nos apartó de la ruta de las hordas sanguinarias de Wolkaj. De no ser así, ahora estaríamos muertos o seríamos sus cautivos. Wolkaj busca venganza, y su crueldad es terrible. Es justo que ahora preste mi brazo y mi vida a esa mujer de extraños poderes.
—Si tan poderosa es, ¿por qué no puede volver sola a su mundo? —dudó Olinka, siempre profundamente desconfiada.
—No lo sé. Muchas preguntas no tienen respuesta.
Zayda es un enigma viviente, pero quiero creer que no nos engaña. Y si existe una sola posibilidad humana de llegar más allá de la oscuridad de la Muerte... lo intentaré por todos los medios.
—Más allá de la Muerte... —Olinka le señaló las tierras y mares en torno. Su pregunta fue sencilla y, a la vez, profunda—. Dime, Aquilán... ¿por qué caminos se va en esa dirección realmente?
—No lo sé —admitió Aquilán, encogiéndose de hombros—. Nunca viajé, antes de ahora, rumbo hacia la Muerte. Pero debe haber un camino...
—¿Dónde?
—Eso... sólo los dioses y Zayda lo saben —murmuró
Aquilán, pensativo.
E interiormente, se preguntó también lo mismo que atormentaba a su joven amiga. ¿Era posible que existiera una ruta humana, tangible, un camino que pudiera pisarse, en dirección a la eterna oscuridad de la Muerte?
¿Lo había?
¿O iba a intentar lo imposible, allá donde no existían sendas ni formas conocidas?

* * *

—Un camino... —Zayda desgranó una plateada uva de Meridión, y la saboreó en silencio. Luego, se sirvió vino de akab en una áurea copa tallada—. ¿Tiene que existir un camino a cualquier parte, Aquilán?
El joven rubio guerrero suspiró, tendido en los cojines de la confortable sala. Movió afirmativamente su fiera cabeza.

—Siempre hay un camino a todas partes —sentenció—. Los hay fáciles y difíciles, abruptos o llanos, tranquilos y peligrosos. Pero hay veredas, hay sendas que recorrer, rutas por donde pisar, cabalgar o navegar...
La mirada enigmática de Zayda se perdió en el vacío, como buscando algo inexistente, en tanto el dorado vino humedecía golosamente sus labios.
—Hay un camino, Aquilán. Pero no como tú lo concibes.
—¿En qué se diferencia de los demás?
—En lo mismo que yo me diferencio de otras mujeres que hayas conocido —sonrió ella.
—Eres más hermosa y turbadora que ellas. ¿Es también más hermoso tu camino?
—No es eso. Es diferente. No creo que lo halles hermoso. Es difícil y peligroso. Ya te dije que no es tarea fácil devolverme a los míos. Tenebra no nos dejará llegar.
—Tenebra... Hablas siempre de la Diosa de los Muertos como de alguien que existe realmente, como algo más que una simple visión infernal, un fantasma del Mal...
—Es que es más que todo eso —suspiró Zayda cansadamente—. ¿No has pensado nunca que yo podría ser Tenebra?
—¿Tú? ¡Qué tontería!
—¿Por qué? ¿Sabes algo de mí? ¿Has comprobado que me llame Zayda y venga de donde vengo?
—Me pediste fe en ti, y la tengo. Admito cuanto dices, sin recelar. Sé que no puedes ser un espíritu maléfico.
—¿Por qué estás tan seguro?
—Vislumbré borrosamente a Tenebra, en una visión infernal. Es diferente a ti. Hermosa, pero con la belleza del Mal. Tentadora pero fría y cruel, con una lascivia obscena y maligna... Sus labios al sonreír, permiten exhibir sus colmillos de vampiro...
—Esa es su auténtica efigie. Pero los espíritus del Mal saben cubrirse con falsas apariencias que engañan y seducen a los humanos. No lo olvides, Aquilán. Yo podría ser el señuelo para atraerte a la oscuridad, a los dominios de la Diosa de los Muertos...
—Creo en ti, Zayda. No lograrás inculcarme recelos y sospechas, te lo aseguro.
—Eres hombre de mucha fe, Aquilán.
—Mucha. Ella me ha salvado, Zayda.
—No siempre será igual...
—Siempre —sonrió él, lleno de energía, asintiendo con la cabeza.
—Eres maravilloso... —extendió hacia él sus brazos.
Los dedos marfileños acariciaron suave y tibiamente las mejillas del guerrero rubio. Este se estremeció, como sacudido por la descarga de

una energía desconocida para él. Su piel vibró con el contacto. Un fluido magnético y absorbente brotaba de cada poro de aquel cuerpo hermoso y virginal—. Aquilán. ¿crees... crees que podrías llegar a amarme?
—Es fácil amar lo hermoso —sentenció él, mirándola.
—¿Sólo por ser hermoso? —dudó ella.
—No, no sólo por eso. Pero con ello todo es más llano y simple.
—¿Y... y si yo misma fuese... fea? ¿Terriblemente fea ante tus ojos? ¿Me podrías llegar a amar entonces, sabiendo que era yo misma?
—Del mismo modo, una vez que te amase, te amaría bellísima o atrozmente fea. Cuando hay amor, no importa lo demás. La envoltura es algo sin sentido.
—Sería un amor ridículo, casi cruel. Aquilán. Tú eres hermoso y fuerte... ¿Te imaginas, estrechando entre tus brazos a una criatura deforme y repulsiva?
—Si la amaba... —Aquilán movió su rubia cabeza—. ¿Te imaginas tú a una criatura de tu belleza. Zayda, si llegaras a enamorarte realmente de mí, no por mi posible físico atractivo, sino por mí mismo? Y que volviera de una batalla mutilado. Sangrante, deforme e irreconocible.... pero siendo yo mismo. ¿Cuál sería tu reacción entonces?

—Amarte más que nunca, Aquilán —fue la respuesta de ella, espontánea y fresca.
El sonrió, oprimiendo sus brazos con fuerza.
—¿Lo ves? —murmuró—. Una bella envoltura, no hará nunca más jugoso y deseable un fruto... Bastará con que éste sea dulce y apetecible por sí mismo... Ahora, hablemos de ese camino hacia tu mundo... ¿Dónde empieza... y dónde termina?
—Empieza aquí. En cualquier lugar. Termina donde las cosas no son como imaginas. ¿Vas a conducirme realmente hasta allí?
—Sí, Zayda. Te lo prometí.
—Yo no te lo exijo. Ni siquiera te lo pido. No quiero tampoco gratitud ni recompensa por lo que hice. No tuvo gran valor, créeme.
—Para mí, lo tuvo, y es suficiente. Creo que, de todos modos, hubiera terminado por viajar contigo hacia ese lugar situado más allá de cuanto conozco...
—¿Y... si nunca llegamos?
—Llegaremos. Pero de todos modos, habrá valido la pena.
—No estés tan seguro, Aquilán.
—Lo estoy, Zayda. Necesitas ayuda, amistad. Yo te la ofrezco de corazón.
—Lo sé. Eres un gran guerrero y un hombre magnífico, Aquilán. Los dioses te protegerán, no hay duda. Así lo espero. Ahora, iniciemos ya el camino. No hay tiempo que perder.
—Y... ¿dónde empieza el camino?
—Aquí mismo.
—¿Hacia dónde sigue?
—Hacia cualquier sitio, Aquilán. Emprendamos la marcha. Es la hora.
El se incorporó, disponiéndose a salir con Zayda de la casa de Taura donde descansaban antes de su extraño viaje a ninguna parte.
De súbito, ella movió sus brazos de un modo extraño, como invocando algo.
La oscuridad, la negrura más absoluta se hizo en torno a Aquilán. Pareció flotar en un vacío negro e insondable, donde toda forma y toda luz se perdían.
Pero flotaba en una determinada dirección. Sentía que se movía, impulsado por una fuerza desconocida, hacia alguna parte. En su mano, vagamente, notaba la sensación tibia y suave del roce con otra mano.
Y a su lado, alguien más flotaba en la sombra. Una voz sonó allá, en el fondo de su mente:
—Hemos empezado el viaje, Aquilán. Este es el camino... No se parece a ningún otro, porque ... tampoco vamos hacia ningún lugar conocido de los hombres.
—¿Y la ruta es siempre oscura?

—No. Es el tránsito entre tu vida y la mía, entre tu dimensión y la mía... Este es el Túnel de la Materia... Más allá, hay nuevas luces, nuevas formas... Pero también la oscuridad. La Muerte...
—¿Y... más allá?
—Más allá... lo sabrás cuando lleguemos. Si llegamos alguna vez, Aquilán...

CAPÍTULO III

Nuevas luces. Nuevas formas.
Era cierto. Estaban ya en ellas. Todo era diferente allí...
Aquilán se detuvo en la llanura púrpura, contemplando las aguas plateadas y los juegos de colores en lo que parecía un cielo tornasolado y cambiante eternamente. Pájaros fantásticos, increíblemente transparentes y luminosos, flotaban por encima de él, sin rumbo fijo.
Sus coturnos pisaban aquel suelo hecho de piedrecillas cristalinas, crujientes y redondas. A su lado, Zayda era una figura estática, con la verde mirada fija en la distancia, en los colores radiantes de un horizonte ilimitado y remoto.
—¿Qué lugar es éste? —quiso saber Aquilán.
—El que se mueve como una banda de luz entre materia y espíritu —murmuró ella dulcemente—. Has dejado atrás todo lo que forma parte de tu mundo y de tu vida. Aquí eres solamente un extraño, que va de tránsito a alguna parte.
—Me gustaría saber adónde, Zayda ... —suspiró Aquilán.
—Si llegamos, lo sabrás.
—¿Y si no...?
—No importará mucho. La Muerte es el río oscuro que separa esta región de la mía... Estás donde puedes ser atacado y vencido por Tenebra. Si ella lo advierte, vendrá en tu busca. Sólo en busca tuya, ¿comprendes?
—¿Y de ti, no?
—No, Aquilán. Yo no puedo ser su prisionera.
—¿Por qué no? —se sorprendió él.
—Porque... porque no puedo morir. En mi mundo no existe la muerte. Por ello Tenebra siempre viaja hacia allá, hacia tu mundo, no hacia el mío... Allí recoge a sus servidores eternos, a su legión de espectros vivientes, de seres sumergidos en la oscuridad de una muerte de cuyo letargo despiertan para poblar tu mundo y atraer a otras víctimas hacia la oscuridad...
—Eres... eres inmortal... Como los dioses, Zayda...
—No soy una diosa —sonrió ella—. La prueba es que no puedo volver sola a mi mundo. Alguien debe acompañarme y aceptar el riesgo. Así

son las leyes. Cometí el error de quebrantarlas una vez, y Tenebra estuvo a punto de destruir para siempre mi destino, dejándome perdida donde no podía ser materia ni espíritu. Escapé de su poder, y así llegué a tu mundo, sola y olvidada... sin medios para retornar, a menos que alguien se sacrificara por mí.
—Me alegra que haya sido yo ese alguien —suspiró Aquilán—. De todos modos, no veo muchos riesgos por ahora, en este viaje por lugares tan fantásticos e increíblemente bellos...
Fue como una premonición. Apenas había terminado de hablar Aquilán, cuando se oscureció el cielo multicolor y cambiante, con matices sombríos y borrascosos. Un helado viento se levantó, agitando los cristales tumultuosamente, y moviendo las gasas y tules que envolvían la escultura viviente que era el cuerpo de Zayda.
Ella gritó, asustada, pegándose al cuerpo nervudo y musculoso de Aquilán. El la rodeó con su firme brazo.
—¿Qué sucede? —indagó—. ¿Qué significa esto?
—¡El viento de las Nieblas Rojas! —gimió ella—. ¡Mi peor enemigo, Aquilán! ¡Los que cuidan de que los seres vivientes no sigan esta ruta hacia las sombras!
—Y... ¿quienes son esos enemigos? ¿Sólo un simple viento, Zayda?
—No. Mira... ¡Mira lo que trae el viento de las Nieblas Rojas hacia nosotros! —señaló ella, amedrentada.
Aquilán siguió la dirección de su brazo extendido, estremecida por el terror la mano blanca y satinada.
Un escalofrío agitó su cuerpo de guerrero avezado a todas las adversidades.
—Por los dioses... —jaleó—. Nunca vi nada parecido... ni más terrible.
Las Criaturas venían hacia ellos, en alas de aquel viento que movía brumas rojizas, haciéndolas levantar del suelo en vapores espectrales.
—Entre esos vapores, como seres creados en un infierno de desconocidas formas, surgían las Criaturas.
Eran alargadas y sinuosas... Eran incorpóreas y sutiles. Y horriblemente feas, hasta la monstruosidad. Visiones apocalípticas, de rostros informes, de garras flotantes y zarpas engarfiadas... Espectros demoníacos, que se agrandaban por momentos, envolviéndoles en un cerco de aquelarre.
Entre sus formas bailoteaban carátulas flotantes, como máscaras, de una materia blanda y gelatinosa, color fosforescente, delirantes y espantosas. Esas máscaras rodearon a Aquilán y a Zayda... ¡convirtiéndose en millares de sierpes pegajosas, cuyo contacto dolorosísimo hizo exhalar imprecaciones de angustia a Aquilán, y chillidos de agonía a Zayda! Invadieron todo el cuerpo de ambos viajeros. Aquilán sintió penetrar aquellas pequeñas masas de reptiles diminutos por boca, nariz y oídos, aturdiéndole y ahogándole en una

marea repugnante, de olor nauseabundo y pegajoso. Rodó por el suelo, virtualmente rebozado en aquellos animalejos adhesivos como sanguijuelas, y no menos dolorosos que éstas.

El contacto se hacía candente, provocando quemaduras por doquier. Aquilán, rabioso, enfurecido por el dolor y por la náusea de aquel ataque traído por el viento de rojas nieblas, forcejeó, despegándose jirones de piel junto con masas de pequeños reptiles fofos y maleables, que estrujó con ira contra el suelo o contra sí mismo, en el paroxismo de su cólera impotente.

Luego, se precipitó sobre Zayda, que sollozaba dolorosamente, envuelta en los repugnantes animales adhesivos, y comenzó a despegarlos con más cuidado, para no despellejar a la muchacha. De repente, sus dedos se cerraron en torno a sus amuletos colgados del cuello, y se arrancó una pequeña bolsa de piel, en la que guardaba arenas corrosivas de los desiertos de Moktia y de Zambrya.

Abrió rabiosamente el saquito y, sin importarle el dolor que la arena sutil, ardiente, provocaba en la piel, la desparramó sobre las masas de pequeños reptiles que le acosaban.

Como esperaba, dio resultado. Aquellas arenas, capaces de absorber y disgregar a cualquier alimaña viva, se extendieron, voraces, triturando con su poder corrosivo a todos los reptiles diminutos.

Ya libre de ellos, sacudió las arenas de su piel, sin importarle las quemaduras, y procedió a limpiar el dolorido cuerpo de la joven de aquella incómoda y feroz masa de criaturas mutantes.

Como defraudadas por el fracaso de sus pequeños entes, las carátulas y las sombras bailoteantes, de vapor rojo, se estaban disolviendo ya. Aquilán las acosó a golpes de espada, viendo cómo jirones de materias volátiles y fofas, saltaban por los aires, dispersas por sus mandobles rabiosos.

Finalmente, se inclinó sobre Zayda, que le miraba, con dolorida sorpresa. En torno de ellos volvía a brillar la luz cambiante, de vorágines de colores, y no había el menor rastro del viento de las Nieblas Rojas.

—Aquilán, es imposible vencer a esas criaturas del infierno... o lo fue cuando menos hasta ahora... —jadeó ella dolorosamente.

—En lo sucesivo, quizá duden, antes de atacar a un viajero de Vultar. ¿Cómo te sientes, Zayda?

—Mucho mejor, amigo mío —se incorporó ella dificultosamente, con un rictus de dolor—. ¿Cómo agradecerte…?

—Vamos, calla. He venido para eso, ¿no es cierto? Se trataba de nuestras vidas, Zayda.

—Esa magia tuya... es muy superior a la mía.

—¿Magia? —él rió suavemente—. No, no. Sólo se trata de unas arenas de peculiares características. Sus granos tienen una vida

mineral más próxima a la de las plantas carnívoras. Pero no dañan a la piel humana, sino a cualquier otra criatura viviente, disolviendo su materia en un terrible ácido vaporoso que desprenden sus granos. Algo que da la propia tierra de Vultar, no una magia o hechicería determinada.
—Como te dije, cada mundo es de una forma, y lo que en uno es prodigioso, en el otro no tiene ningún valor...
Y aferrándose del brazo de Aquilán, Zayda emprendió la marcha, dolorosamente, junto a él.
Apenas habían recorrido una distancia sobre el suelo de arenas cristalinas, cuando un negro nubarrón emergió en el horizonte, en forma de columna cambiante. Aquilán frunció el ceño, contemplando aquella especie de oscuro tifón.
—¿Qué es eso ahora? —quiso saber, erguido en medio de la llanura purpúrea.
Zayda se estremeció. Sus ojos verdes miraron con terror a Aquilán.
—Es tarde... —musitó roncamente—. No pudimos eludir el peligro...
—¿Peligro? ¿Qué peligro?
—El gran enemigo, ¿no lo entiendes? Mira: por donde pasa esa columna de humo, todo se oscurece y pierde su forma. Son... son los límites. La divisoria de lo Conocido... Detrás de ese torbellino negro, no puedes aventurarte ya. Ella está sobre aviso. Te espera...
—¿Ella?
—Sí, ¿no lo comprendes? —se exasperó la rubia belleza—. Ella... Tenebra, la Diosa de los Muertos... Mira. Ahí viene hacia nosotros. ¿Lo... lo vas comprendiendo mejor ahora?
Aquilán miró, sin entender. Vio venir, flotando, entre la negra nube y gigantescos murciélagos de pardo pelaje y ciegos ojos opacos, que revoloteaban en torno al torbellino de vapor negro, a una siniestra criatura vestida enteramente de negro, mortalmente pálida, con los ojos inyectados en sangre.
Pese a todo ello, la reconoció en el acto. Gritó su nombre con profundo horror:
—¡Tú! ¡OLINKA!
Una cruel carcajada brotó de labios de Tenebra, Diosa de los Muertos.
Era la adolescente de Austrópolis... Era Olinka, la muchacha, casi una niña... La criatura indefensa y tierna que dejara en Taura, junto a sus tíos.
Olinka era... Tenebra, Diosa-Vampiro, señora de los Muertos...

CANTO TERCERO
MÁS ALLA DE LOS MUERTOS

«Se dice que los muertos reposan en una tierra sin luz ni formas, sin noche ni día. Una tierra hecha de oscuridad y de silencio. Se dice. Y se dice, también, que más allá de los Muertos... quizá haya una tierra donde todo sea posible. Incluso aquello que no se puede imaginar. ¿O... no hay nada ni nadie?»

(De la balada de un bardo, dedicada a las Tierras del Misterio, en Zorán del Norte.)

CAPÍTULO PRIMERO

Era imposible. Inconcebible para cualquier mente razonable.
Y Aquilán razonaba. Poseía una mente lúcida y clara, que nunca se dejaba deslumbrar por nada.
Enfrentado a Olinka, la muchacha tímida y ruborosa, veía en ella una nueva forma de perversidad oculta, de increíble maldad. ¡La criatura indefensa a quien protegiera con su fuerte brazo, se convertía, por arte de un sortilegio nefasto, en la mujer-vampiro del Reino de las Sombras, en aquella que, como sacerdotisa suprema del Mal sobre Vultar, ejercía su poder y dominio sobre los muertos, haciendo de éstos vampiros ávidos de sangre y depravación, dispersos por las noches de las tierras oscuras y supersticiosas de las regiones meridionales del planeta.
—Olinka... No es posible —rechazó con horror—. ¡No puedes ser Olinka!
Hubo una carcajada feroz en los labios pálidos y sangrantes de la abominable hembra de la oscuridad.
—Incrédulo eres... —habló una voz larga, chirriante y maligna. Luego, de repente, se tornó sutil, melosa, casi acariciadora, mientras el cuerpo —escultural de la criatura del Mal se retorcía voluptuosamente —. Aquilán, siempre he deseado un hombre magnífico como tú... ¡Un Príncipe de la Oscuridad, un supremo Dios de los Vampiros!
—No será —rechazó Aquilán—. Cuando muera, no serás tú ni tus artes diabólicas quienes me posean. Seré solamente un cadáver, un muerto despojado de toda posible continuidad de falsa existencia, en las noches de aquelarres sangrientos... Moriré en paz con mis dioses, teniendo fe en que mi alma repose donde debe estar, lejos de todas las frías y sucias sombras de tu imperio de corrupción... No sé cómo pudiste aparecer ante mí con la apariencia tímida y dulce de una adolescente encantadora. Pero sea ello como sea, no vas a atraerme a tu mundo de oscuridades...
Aleteaban en torno suyo los monstruosos murciélagos gigantes, vampiros alados que parecían escoltar dócilmente a su siniestra dama enlutada, ávidos como ella de sangre humana para sus ritos nefandos.
De repente, una carcajada maligna escapó de labios de la temible

criatura de las sombras ... ¡y dejó de ser Olinka!
Ahora... ahora era la hermosura rubia y sensual de Zayda la que emergía ante él, envuelta en la negra nota de los enlutados ropajes de Tenebra...
—Zayda... —musitó—. Tú...
Miró a su lado. Zayda, agotada y fatigada, continuaba allí, junto a él, contemplando dolorosamente la figura severa y siniestra de la Diosa de los Muertos. Y Aquilán, con alivio, creyó entender entonces.
—Ya veo... —masculló—. Ahora pretendes ser Zayda... Ya no eres Olinka ... ¡Nunca has sido Olinka ni serás Zayda! ¡Lo que sucede acabo de entenderlo claramente! Eres... eres un ser mutante, una criatura capaz de adoptar las más variadas formas... Tienes mil rostros y mil cuerpos falsos... Eres tú, simplemente tú, Tenebra, la criatura maléfica que vi en mis alucinaciones. Tu faz no es la bellísima de Zayda ni la dulce e ingenua de Olinka, por muchos engaños que intentes conmigo. Ya no vas a hacerla más...
Tenebra reía a carcajadas, erguida ante él, rodeada de su cohorte viscosa de murciélagos gigantes. Para sorpresa suya, Aquilán observó que Zayda jadeaba a su lado, muy pálida, mirando con ojos de temor a Tenebra, y que, inexplicablemente, retrocedía, musitando algo entre dientes, como llena de terror por algo que él no comprendía bien.
Luego, oyó o creyó oír la voz, las palabras incomprensibles de la hermosa y rubia Zayda:
—No... No, hermana... No lo hagas. ¡No AHORA, hermana Tenebra!... Sería... sería demasiado cruel... Delante de él... no. No, por favor...
Se tapaba el rostro, angustiada. Gemía, como bajo el peso de algún miedo indefinible y profundo. Aquilán, perplejo, captó varias veces la palabra incomprensible:
—Hermana... Hermana... HERMANA...
—Pero... ¿qué dices? —jadeó, alarmado, acercándose a Zayda resueltamente—. Hermana... ¿tú? ¿Ella? ¿Quién es hermana de quién, Zayda, por todos los dioses de Xaal?
Y Zayda le dió la respuesta increíble, inaudita, inconcebible para Aquilán:
—Ella... Ella lo es... Somos... somos hermanas... Tenebra y yo... Ambas pertenecemos al... al Reino de las Sombras... Olinka tuvo razón. No debiste fiarte de mí. Nunca debiste hacerlo. Mi... mi misión era traerte aquí... al Reino de mi hermana Tenebra...

CAPÍTULO II

—Zayda... —murmuró Aquilán, dolorido—. No, Zayda, no pudiste hacerme eso...
—Tenía que hacerlo... Tenebra es quien da órdenes, quien controla

voluntades... —se encogió cubriéndose el rostro, convulsa—. Por los dioses, no mires, Aquilán... ¡No me mires!
—Pero... ¿qué significa?...
Tenebra soltó una de sus carcajadas demoníacas. Su belleza era resplandeciente, más parecida que nunca a Zayda...
—¿Es que no lo entiendes, guerrero? —clamó la Diosa de los Muertos —. Aquilán, entiéndelo de una vez... Estás viendo ahora MI AUTENTICO físico. Yo soy como viste a Zayda... y Zayda, mi pobre hermana Zayda... ¡mira cómo es, la desdichada!...
—¡No, no, te lo ruego! ¡No seas cruel ahora, deja que el engaño dure un poco más, que él no me vea así! —sollozó patéticamente Zayda, la mujer a quien Aquilán conociera como la verdadera Zayda, la criatura hermosísima que, sin embargo, hablara a veces de amor y de fealdad, de simple físico y de espíritu...
Aquilán entendió al fin. Entendió, horrorizado, los temores y angustias interiores de la bellísima Zayda... que sólo era bella porque su maligna hermana la dotó del poder de mutarse y ser su exacto duplicado.
Ahora, cruelmente, ante el hombre a quien quizá amaba, a pesar de todo, Tenebra hacía que su hermana Zayda se mostrara tal cual era, con su horrenda fealdad al desnudo...
El cuerpo se encorvó, se arrugó, giboso y deforme...
Los cabellos se tornaron, sucios y agrisados, lacios y escasos... El rostro sollozaba entre manos sarmentosas, oculto a ojos de Aquilán, el guerrero...
Este que, sin dar crédito a sus ojos, veía ahora a Zayda, la hermosa, transformada en un engendro humano, una mujer cruelmente fea y deforme, que lloraba su desesperación ante él.
—Pero ¿por qué? —musitó—. ¿Por qué todo esto?...
—Ella... ella me permitió ser hermosa por un tiempo... a cambio de seducirte y traerte hasta aquí —gimió la infortunada—. Te engañé, Aquilán. No hay una tierra, más allá de la oscuridad de la Muerte. El reino de los difuntos es principio y fin de todas las cosas en Vultar. La vida termina ahí, y no hay un país más allá, donde las personas gocen de inmortalidad, de una vida perfecta y maravillosa... Todo fue un miserable engaño, aprovechando tu nobleza y magnanimidad, mi pobre Aquilán... Ahora ya me ves tal como soy. Con mi horror físico, con mi terrible apariencia de muerta en vida... o de viva que murió hace siglos y emerge de las heladas sombras de nuestro imperio, para atraer a los que, como tú, fían aún en los cantos de sirena...
—Zayda, deja ver tu rostro...
—¡No, eso no! —sollozó la infortunada, ocultándose a él, encogida—. No, Aquilán, no seas cruel...
—¿Qué puede importarte ya que te vea, si cumpliste tu misión, Zayda?

—Oh, ¿es que no lo entiendes? Yo... yo llegué a sentir algo por ti... Algo distinto y más hermoso...
—¿Amor? —Tenebra soltó una carcajada—. ¡Aquilán, escucha eso y asómbrate! ¡Zayda, mi horrible y fea hermana, ese monstruo deforme engañada por un tiempo con su aspecto ficticio, llegó a amar al hermoso guerrero de Enigia! ¿No resulta cómico todo esto?
—Yo no diría que sea cómico —rechazó Aquilán fríamente. Acercóse a la mujer que sollozaba, escondiendo su rostro—. Puede haber amor en cualquier lugar...
—¡No en mi Reino! —rechazó Tenebra—. La Muerte no puede amar... ni ser amada.
—Te equivocas —rechazó Aquilán, sombrío—. El amor es más fuerte que tú y que tu imperio de sombras.
—No es cierto, Aquilán. ¡Te engañas a ti mismo! No puede haber amor donde hay fealdad, y corrupción, y vejez... No puede haber amor en mis dominios.
—Otra vez te equivocas, Tenebra.
—MÍralo tú mismo. Ella te ama porque es fea, horriblemente fea... y tú hermoso. ¿Serías capaz tú, Aquilán, guerrero rubio y arrogante, de amar... a Zayda, mi hermana?
Aquilán no dijo nada de momento. Tenebra reía, gozosa. Zayda sollozaba, encogida sobre su propia fealdad deforme.
—¿Lo ves? —rió agudamente la Diosa de los Muertos—. ¿Te das cuenta, Aquilán? No eres capaz ni siquiera de responder. No podrías hacerlo... porque te sientes tan lejos de esa pobre máscara de fealdad que desearías ahora huir de ella más que de mí. Yo soy el Mal y la Muerte, pero... soy hermosa y deseable. Ella, el Amor... es la fealdad misma, la monstruosa deformidad que el hombre debe rechazar asqueado...
Y nuevas, delirantes risas de gozo acogían esas conclusiones cínicas y crueles de la que era emperatriz suprema de los vampiros y los no-muertos, surgidos de las tinieblas de su mundo de perversión.
Aquilán, inesperadamente, tomó las manos rugosas y deformes de Zayda. Las apretó, apartándolas a viva fuerza del rostro bañado en llanto. Ella, desesperada, buscó ocultarse, girar su cabeza patéticamente, con un gemido.
Y el guerrero enigio, en ese momento, dijo con firmeza y a la vez con dulzura en su tono áspero, agresivo y rebelde:
—Te engañas, Tenebra... Y tú, Zayda... Os engañasteis siempre las dos... Ahora he aprendido a ver tu verdadero interior, Zayda. No importa tu fraterno lazo con ese monstruo de las Tinieblas... Tú... tú cumpliste una misión. En el fondo, deseabas ser la que fingías. Y no te dabas cuenta de que esa belleza ficticia sólo encierra maldad: la de tu hermana Tenebra. En cuanto a ti... eres noble, buena, dulce y...

hermosa.
—¡No, Aquilán! ¡No seas cruel! —sollozó.
—Eres hermosa. Interiormente, que es como debes serlo... Como se puede amar y ser amada... Ahora sé que, si hay una tierra más allá de los Muertos, debería de ser para personas como tú, Zayda querida... Ahora, deja. Deja que te demuestre que puedo sentir cariño por ti. E incluso amor...
E inesperadamente, alzó el rostro feo, rugoso, monstruoso y deforme, de la nueva Zayda a quien se enfrentaba. Su boca tocó la de Zayda. Sus labios viriles oprimieron los convulsos y mal formados de Zayda...
Ella estalló en un sollozo emocionado, y cerró los ojos.
Tenebra exhaló un alarido largo, diabólico, lleno de furia y desesperación...
Por un instante, un fugaz instante, Zayda se tornó hermosa de nuevo. Miró radiante a Aquilán, en tanto Tenebra se convertía en una forma peluda, negra y maligna como un murciélago...
Luego, hubo un ramalazo de luz cegadora, y todo desapareció a ojos de Aquilán.
Se encontró solo. Completamente solo, en una llanura, en las afueras de Taura, la ciudad ribereña de Zambya Meridión.
A su alrededor, desierto y suaves colinas. El mar hacia el sur. Y nada más. Nadie más.
Como si todo hubiera sido un sueño. O una alucinación.
Pero él sabía que no era así. No había sido un sueño, ni mucho menos, aunque esto pareciera un simple despertar.
Miró hacia lo alto, hacia las estrellas que brillaban en la noche oscura y cálida.
Supo que en alguna parte, en las sombras frías y eternas de la Muerte, Tenebra esperaba agazapada, como uno de sus repugnantes murciélagos, la llegada de nuevos vampiros para su cohorte infernal.
Supo, también, que Zayda había alcanzado al fin su mítico lugar «más allá de los Muertos». El sitio destinado a los que saben amar y merecen ser amados... no importa cual sea su físico, su fealdad o su belleza.
Estaba seguro de ello. Zayda le había pedido compañía para aquel viaje. Y había cubierto felizmente su singladura.
Ya estaba lejos. Muy lejos. Tanto, que quizá nunca volverían a encontrarse. Pero ambos sabrían cada uno en su mundo, en su tiempo, en su dimensión o lugar, que se conocieron y hasta llegaron a amarse en un fugaz instante de redención para la hermana de Tenebra. Y de fracaso para los malignos planes de ésta, vencidos por el Amor.
Aquilán, despacio, regresó cansadamente a Taura, cruzó sus murallas, penetró en el dédalo tranquilo de sus calles de ciudad de

mercaderes...
No siempre las batallas se ganaban con una espada.
No siempre...
Sonrió pensando en Zayda. Sabía que había ganado su mejor y más hermosa batalla. No sólo a Tenebra sino a muchas otras cosas...

CAPÍTULO III

—Es una extraña: historia...
—Mucho, Olinka. Creí que te gustaría oírla, pequeña.
—No sé si la entendí bien, pero... sí, es hermosa también. Pobre Zayda... No fui muy justa con ella, pese a que tuve parte de razón....
—Ella te perdonó, estoy seguro. Donde está ahora, no hay lugar para odios ni rencores. Supo salvar la distancia inconmensurable entre lo mezquino, lo perverso... y lo hermoso y desinteresado del mundo y de sus seres.
—¿Y ahora, Aquilán?
—Ahora, permaneceré un tiempo aquí, en esta bella ciudad.
—¿Y después?
—Después... nunca se sabe, Olinka. Tal vez regrese un día, en breve. O tal vez tarde algún tiempo. Pero volveré, eso sí.
—¿Por verme a mí?
—Naturalmente. Por verte a ti —oprimió su mano—.
Eres una criatura maravillosa. Te recordaré muchas veces durante mi ausencia, estoy seguro de ello... —Aquilán, me recordarás..., pero no me amarás como a Zayda jamás.
—No sé si fue amor o sólo un chispazo súbito de comprensión entre dos seres, Olinka. De cualquier modo, ella ya no cuenta. No pertenece a nuestro mundo.
—Aun así, siempre tendré celos de ella —confesó Olinka, con rubor.
Aquilán sonrió, sacudiendo la cabeza.
—Harás mal —declaró—. Eres demasiado hermosa, dulce y magnífica para sentir celos de nadie, pequeña. Te lo aseguro...
Y se inclinó, besando espontáneamente sus labios.
Olinka se sintió más feliz de lo que jamás hubiera soñado en llegar a ser.

* * *

Taura quedaba atrás.
Y también Olinka, con la ciudad de mercaderes asomada al mar Tenebroso. El pájaro le conducía de regreso a Enigia, su tierra natal. Donde había que seguir luchando por la libertad y el futuro de las gentes libres.

Siempre la misma lucha. Siempre las mismas esperanzas. Siempre la vista puesta en el mañana. Con la espada en una mano y la fe en la victoria dentro del corazón.
Aquilán, hijo de reyes, volvía a Rhem, su ciudad amada. A seguir luchando. Siempre combatiendo, con la espada al servicio de los débiles. Siempre enfrentándose a la tiranía, a las hechicerías, magias y sortilegios de una época arcaica y peligrosa, erizada de terribles peligros y de enemigos mortales.
Era su destino, y lo aceptaba gustoso, seguro de que un día llegaría al triunfo final, y todo sería diferente. Entonces, llegaría el reposo para el guerrero.
Y el hogar, y una mujer a quien amar. Podía ser Olinka u otra cualquiera. Sí, tal vez fuese Olinka. En poco tiempo, sería una hermosa mujer, una criatura maravillosa.
Aquilán dejaba vagar su imaginación, mientras el pájaro sobrevolaba tierras y mares, en su viaje, de retorno a Enigia.
Atrás, quedaba una aventura más. Una peripecia que le enfrentó a la Muerte misma, en las fronteras de los helados y oscuros recintos de la eternidad.
Enfrentado a Tenebra, la hermosa del Mal. Enfrentado a sí mismo. Y a una dura prueba más, que nunca sería la última...

* * *

Abajo, Rhem apareció resplandeciente.
El animal emitió un chillido de gozo. Aquilán hizo descender a su montura alada, obtenida de los perversos piratas de Wolkaj que, sin duda, le perseguirían en el futuro, para vengarse de la muerte de Olaff, el cruel.
No temía a Wolkaj ni a nadie en Vultar. Estaría siempre presto a luchar contra quien fuese. Presto a amar, pelear, matar o morir. Era su vida, y no podía eludir su destino.
El ave descendió de los cielos.
Rhem recibía a su guerrero victorioso. Las gentes aclamaron al líder, hasta que acudieron fuerzas de Hélide, la invasora, buscando el motivo de la algarabía.
Por fortuna para Aquilán, no le encontraron. Ni rastro de él. Las guerrillas de patriotas actuaban siempre a tiempo para hacer desaparecer al invicto luchador de la causa del pueblo enigio.
Una vez más el héroe estaba allí. El hijo de los dioses, llegado según la profecía para vengar a los oprimidos y liberar a los sometidos, estaba de nuevo entre ellos. Pronto habría lucha contra las gentes de Hélide, con Aquilán a la cabeza de los rebeldes. .
Pronto se reanudaría la batalla, como con el pasado. Como en todo momento, por el bien del pueblo enigio.

Era la eterna historia, y Aquilán sabía que su regreso era necesario para levantar la moral de los combatientes.

Era el fin de una lucha y de una aventura. Y el principio de otra lucha. Y de otras aventuras. Su vida no conocía descanso. No aún. .

Ni Aquilán lo deseaba, realmente.

El bien sabía cuál era su destino. El lo aceptaba ciegamente. Y volvía siempre dispuesto a empezar de nuevo.

Dispuesto a luchar. Porque luchar era su vida.

Y cuando fuese su muerte, estaría dispuesto a afrontarla sin un estremecimiento. Sin una sola vacilación. Dispuesto a morir como mueren los dioses.

FIN